

SEMBLANZA DE DON VICENTE

Espíritu y empresas de Vicente Rodríguez Casado

JESÚS ARELLANO CATALÁN*

La clave de una vida

Intento hacer una semblanza rápida, transparente, apasionada y, en cuanto pueda, lúcida de un hombre cuya memoria pervive en miles de personas —discípulos, alumnos, colegas y gentes de condiciones varias integradas en su amplio entorno de acción— que eran jóvenes en los tiempos que aquí se historian y en otras que actualmente lo son: de un hombre cuyo influjo sigue siendo operativo en otras muchas personas, jóvenes y maduras, mediante la actuación de quienes lo mantienen vivo en las diversas tareas de la Asociación de La Rábida.

Los hombres y mujeres que trataron a Vicente Rodríguez Casado no olvidan, como en la presente obra se relata y en los múltiples y diversos testimonios aquí publicados se refleja, la entrañable humanidad de aquel hombre perennemente joven y su exaltado y alegre impulso hacia ideales.

Lo que fue presencia operativa es, desde su muerte, recuerdo vivo: una manera de presencia operativa a la que este libro quiere servir, de modo que en otros muchos hombres y mujeres —especialmente en los jóvenes, a los que Vicente se dedicó con predilección— perseverare su ímpetu vital y vitalista, siempre elevador hacia ideales, y su inspiración práxica, tenazmente inductora a la acción en nuestro mundo histórico.

Es esta la semblanza (una, pienso, entre otras posibles) de un hombre que fue radicalmente historiador en la teoría y en la praxis. Su trabajo era solidariamente de interpretación y de acción: traía el pasado a presente conocido y viviente y, desde el presente animado por la sangre de la histo-

* Catedrático Emérito de la Universidad de Sevilla. Profesor ordinario de la Universidad de La Rábida desde 1949 hasta 1973. [Este trabajo comprende la introducción y primer capítulo de otro más amplio, del mismo título, que el Prof. Arellano tiene en elaboración (Nota del Editor)].

ria, precreaba el futuro. Un historiador que vivió la historia como presente que asume el pasado en existencia nueva y, por ello, como premoción vital hacia un innovado futuro real, aspirable, cierto ya en la decisión que lo crea.

Si su convivencia y su trabajo eran, de modo destacadamente predilecto, con la juventud, si él mismo fue un hombre de alma en juventud perenne, es porque concebía la vida temporal y la vida histórica como constitutivamente juventud: como vida que siempre se estrena; arraigada en el pasado, de cuyo suelo vital toma la firmeza y extrae la savia viviente; entregada al presente, de cuyos soles y tiempos y tempestades cobra el persistente refuerzo vivo; creadora, desde el hoy y desde el ya-ahora, del ideal de futuro que mantiene al mundo humano en incesante innovación vital.

Juventud: esta es, pienso, el hilo conductor que nos permite comprender la biografía externa y la biografía interior de Vicente Rodríguez Casado.

Su temple de juventud nos permite penetrar en el espíritu de su actividad creadora de tareas y empresas, en su capacidad para entusiasmar a muchos, en su trabajo de historiador y en su trabajo docente. Nos proporciona la clave para comprender sus aciertos y sus errores —muchos de ellos tan salvadores— y su don de intuición —ejercida casi siempre con inmediatez precoz— para discernir el espíritu y las intenciones de personas concretas dedicadas a la vida pública o privada. Nos hace posible también adentrarnos en el secreto íntimo de sus desengaños —que los tuvo, y dolorosos, sin que nunca le alcanzaran a amargar el fondo del alma—, de su fuerza de liderazgo y de su temple creador de libertad en cuantos trataba, de su irreductible esperanza de continuo recomenzadora, aunque fuera bajo formas diversas, de la misma y siempre idéntica tarea de futuro joven.

La Escuela de Estudios Hispanoamericanos

En setiembre de 1942 llegaba a Sevilla Vicente Rodríguez Casado. Era un hombre joven de veintitrés años. Recién ganado el Concurso-Oposición a la Cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad Hispalense, venía a tomar posesión de su puesto docente e investigador.

Inicia de inmediato, con su arrolladora actividad, la docencia universitaria y el trato directo, personal y cordial con alumnos, jóvenes profesores, catedráticos e investigadores.

Un mes después de su llegada creaba en Sevilla la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Se integran en ella jóvenes investigadores y personalidades ya maduras que hasta entonces trabajaban dispersos. Vicente cataliza el ámbito de trabajo científico de los historiadores y americanistas sevillanos. Despierta entusiasmos dormidos y los decide a realizarse en trabajo creador. Anima vocaciones de historiador latentes y las conmueve a hacerse trabajo activo. Aúna en una empresa común a maduros investigadores y a otros que eran ya, o demostraban capacidad de serlo pronto, prestigiosos trabajadores científicos de nuestra historia hispánica y mundial.

Incorpora a la Escuela, también de inmediato, a jóvenes estudiantes que encuentran en ella una docencia histórica especializada, proyectada a hacer aflorar vocaciones científicas a la historia americana y a completar en tal aspecto los estudios universitarios de historia general.

La Escuela siguió durante muchos años su vida activa bajo la dirección de don Vicente. Cuando este se marcha a la Universidad de Madrid (la actual Complutense), la Escuela continúa su tarea bajo la dirección de José Antonio Calderón Quijano. De su mismo seno surgen después, entre las generaciones de investigadores en ella formados, los directores que la vienen rigiendo hasta hoy.

La Escuela fue el centro donde convergían historiadores viejos y jóvenes, españoles, portugueses e hispanoamericanos, norteamericanos y europeos de diversos países.

Sevilla es la ciudad que guarda la memoria histórica de América en el formidable Archivo de Indias. Su director, en los años de la llegada a Sevilla de Vicente Rodríguez Casado, era el por tantos títulos benemérito don Cristóbal Bermúdez Plata, que colabora, desde sus mismos inicios, en los proyectos de Vicente Rodríguez Casado.

Ya en los comienzos de la Escuela, se crea en ella una biblioteca especializada que en pocos años alcanzó a ser, y según creo sigue siendo, una de las mejores en su género.

A los pocos años de su fundación la Escuela dispone también de su propia imprenta y se hace empresa editora, gracias a la cual salen a luz investigaciones de historiadores jóvenes, tesis doctorales, traducciones de significativas obras extranjeras, etc. Junto a los estudios de especialización científica la Escuela publica, en colecciones o series adecuadas, ensayos históricos, culturales y de pensamiento. La revista *Estudios Americanos*, de la que era responsable Octavio Gil Munilla, publica artículos, notas y reseñas

de ámbito temáticamente especializado pero de difusión general. El Anuario de la Escuela es un repertorio, reflejo de la vigente investigación americanista, en el que colaboran autores propios y ajenos. La Información Bibliográfica Americanista, especializada, que fue dirigida por el joven pero ya prestigioso Francisco Morales Padrón, pasó en breve a ser una publicación independiente.

La Escuela funciona «organizada» en servicios centrales, científicos, técnicos o administrativos, así como en seminarios especializados en los diversos aspectos de la cultura y de la historia hispanoamericana. La Escuela desarrolla también sectores de variadas actividades generales, como conferencias, coloquios y reuniones científicas, actos culturales públicos, etc.

He entrecorrido la palabra «organizada» porque todas las empresas de don Vicente tenían una organización sólo —y nada menos que— en cuanto eran organismos vivos: una organización viviente, en nada esquemática, que iba desarrollando su orgánica vitalidad al aire del propio y peculiar crecimiento y de los vaivenes de la circunstancia externa con la que cada una de las empresas de don Vicente, nunca esclerosadas, estaban fundidas en continua y biológica homeostasis.

Cuando el asunto lo requería, la amplia sala de lectura de la Biblioteca se convertía en solemne salón de actos para conferencias públicas u otras actividades. Más frecuentes eran, desde luego, las conferencias-coloquio, para las que se habilitaba el abierto y ancho vestíbulo de la Escuela. Dentro de una sobria seriedad reinaba en ellas un como aire familiar y amistoso, reflejado hasta en su manera de desarrollo: tanto el conferenciante o ponente como los asistentes y coloquiantes participaban en las sabias disertaciones en cordial reunión acompañada, al mejor aire sevillano, con tapas, refrescos y copas de Jerez que se servían y tomaban sin perturbar —parece poco posible, pero sucedía así— el curso serio y amable del acto.

Cada sector de organización o servicio —científico, cultural o administrativo— estaba dirigido por su propio responsable: un Colaborador Científico —Catedrático de la Universidad o Investigador de la Escuela—, o un profesor joven, o un jefe administrativo, según los casos.

Don Vicente era el Director de la Escuela, y mandaba. Pero su peculiar y característico estilo de mandar era distribuir responsabilidades. Cada director o jefe de sector o tarea tomaba responsablemente decisiones y acordaba las disposiciones que consideraba oportunas en su propia área. Si surgían conflictos de competencia, los resolvía don Vicente; en las escasas

ocasiones en que se veía obligado a hacerlo, pues en la mayoría de los casos actuaba simplemente para que los implicados en el conflicto se pusieran de acuerdo. Don Vicente, con su arrollador activismo organizativo, dejaba ser en libertad a quien encomendaba el desempeño de una responsabilidad; creaba en sus colaboradores espíritu de libertad y una real libertad práxica.

De la Escuela fueron surgiendo catedráticos de diversas Universidades tanto españolas como de Hispanoamérica, Colaboradores Científicos e Investigadores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, profesores universitarios que se afincaban después en Sevilla o en diversas Universidades tanto de España como de países de América.

La Escuela se nutría, desde su base o tierra vital, de jóvenes vocaciones casi siempre apoyadas por becas o ayudas que se arbitraban de diversas instituciones y organismos públicos o por dotaciones becarias que traían de sus países de origen.

Vicente Rodríguez Casado era también certero para utilizar al servicio de su ideal creador, junto con estas actividades de eficacia real pero callada, los recursos de las actividades de resonancia pública. Así organizó, desde la Escuela, las Asambleas Americanistas Internacionales de 1943 y 1947, no fáciles de convocar y reunir en aquellos difíciles años de la postguerra de España y de la guerra y postguerra mundial.

La Residencia de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos

Don Vicente funda, casi simultáneamente con la Escuela, la Residencia para investigadores y becarios de la misma. La instala en un chalé de la Avenida Manuel Siurot, a la altura de donde hoy comienza el barrio Bami. Fue la para muchos entrañable —entonces en su vida, hoy en su recuerdo— «Casa Seras». Don Vicente la impregna, en la distribución de sus zonas, en su decoración y en su funcionamiento, de un espíritu sencillamente familiar, a la vez de grato gusto y de cómoda convivencia.

En «Casa Seras» —como posteriormente en las nuevas instalaciones de la Residencia ya en el mismo edificio de la Escuela— conviven a lo largo de los años desde jóvenes becarios españoles e hispanoamericanos que se inician en la investigación, hasta talludos catedráticos, profesores e investigadores en pleno rendimiento, del allende atlántico y del aquende hispano y

europeo. La Residencia cuenta con un oratorio o capilla católica de limpio y abierto estilo clásico español, con sala de estar y con las habitaciones y servicios necesarios.

Como siempre sucede donde don Vicente manda, reina en la Residencia el espíritu de libertad y de amistad. La convivencia es, en ella, sencilla y estimulante. Está regida por la inspiración cristiana de la vida: respeto a la personalidad de cada quien, afirmación de su individualidad personal, delicadeza mutua en el trato entre todos y cada uno, libertad de ser, pensar, actuar y existir.

Por ella van pasando, a lo largo de los años, la más variopinta diversidad de hombres. Desde increyentes hasta católicos arraigados, desde agnósticos hasta beatos de su personal creencia o ideología; españoles de todas las regiones o comunidades de España y de todos los países hispanoamericanos y americanos en general, desde el máximo norte hasta el máximo sur de América. En Casa Seras convivieron hombres ateos con católicos «oficiales» casi siempre democristianos, agnósticos con hombres del Opus Dei, y otros contrastes: una amplia gama de hombres de ideologías, creencias y países diferentes.

En su idea de la Residencia de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos Vicente Rodríguez Casado aspiraba a más. Soñaba —y, como siempre, puso inmediatamente en práctica la realización de su sueño— con un lugar tranquilo y bello, cercano y retirado, donde en la paz serena de la luminosidad de la Andalucía sevillana pudieran trabajar, vivir, realizar sus investigaciones o escribir o plasmar sus obras científicas, literarias, artísticas y culturales, personas procedentes de todo el mundo hispánico y americanistas e hispanistas de cualquier otro origen nacional o racial.

Así se iniciaron en Castilleja de Guzmán, a corta distancia de Sevilla, las obras de adaptación del viejo palacio dotado de bello y amplio jardín artístico con sus terrazas abiertas al paisaje del Guadalquivir, a la urbe sevillana desplegada al fondo y a las tierras de olivares circundantes. El espacioso palacio se convertiría en sede de la Residencia de Investigadores y Becarios de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

Las obras fueron avanzando lentas, al paso que permitían las posibilidades económicas de España, que estaba todavía en proceso de reconstrucción.

La lentitud de los trabajos de adaptación le perdió. Pequeñismos de envidias universitarias locales y de paletas y sectarias maniobras políticas le arrebataron el proyecto. Hicieron del edificio, cuyo remozamiento y re-

forma ya estaba casi a punto de ser concluido, junto con su entorno de jardines, un mero y estatal Colegio Mayor para estudiantes de las diversas Facultades de la Universidad. El dinero oficial, movido por tales sectarismos, afluyó enseguida más abundante para reacondicionar incluso lo que ya estaba hecho.

El nuevo destino de la señorial edificación estaba condenado al fracaso por lo inadecuados que su ubicación, estructura y jardines resultaban ser, en aquellos tiempos, para su pretendida utilización como residencia de estudiantes universitarios comunes. La readaptación costó demasiado dinero, perdido en el montaje de una institución universitaria que nació ya lastrada de atonía y de mediocridad.

Al bello edificio lo salvó del abandono en que había caído el que más tarde asumiera su gestión la Institución Teresiana, mediante convenio con la Universidad. Pasó a ser, y hoy sigue siendo, un Colegio Mayor femenino de animosa y creativa eficacia, donde numerosas jóvenes universitarias forjan su personalidad y desarrollan sus capacidades de estudio, de formación y de acción profesional.

La Residencia de la Escuela pasó años más tarde a una nueva ubicación: en la zona, originariamente proyectada para depósito de la biblioteca provincial, del propio edificio de la Escuela en la calle Alfonso XII. La zona es adaptada para su uso definitivo. Cuenta con habitaciones individuales amplias, aptas, por su disponibilidad de espacio y estanterías, para investigadores becarios y profesores. Dispone también de Oratorio, sala de estar, comedor y zonas de convivencia. Y se comunica directamente con la Escuela. Resultó un lugar grato para vivir y convivir y cómodo para trabajar.

La Escuela y la Residencia perviven hoy, alojadas en la misma edificación, como obras humanas que el tiempo de los hombres ha podido, quizá, modificar, pero que subsisten mantenidas por un originario espíritu vital que no agoniza.

La Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida

Al año siguiente, 1943, diez meses después de su arribo a Sevilla, inicia los Cursos Universitarios de Verano de La Rábida. En el verano de 1944 estos Cursos de Verano se configuran ya como Universidad de Verano de La Rábida, que en 1947 pasa a denominarse Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida.

En sus inicios, el centro vital y funcional de la Universidad es el Monasterio franciscano de La Rábida, con su mágico y exultante corazón de la Capilla de la Virgen de los Milagros, desde la que Colón inició, arropado por el entusiasmo acogedor e inteligente de los frailes, su periplo interior hacia el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Las aperturas de curso tienen lugar en el Patio mudéjar —tan sencillo por tan bello, o tan bello por tan sencillo— del convento franciscano. Las clases se dan en el refectorio y en la sala del Padre Marchena. Los profesores somos alojados en las históricas celdas de los lejos tiempos descubridores.

Los escasos frailes, con su anciano, cordial y refunfuñón Padre Guardián, viven en el conventico construido, como ala adosada, junto a la Iglesia. Los locales de la Sociedad Colombina se dejan intactos, con sus símbolos hispanoamericanos y sus recuerdos institucionales. La Sociedad Colombina, integrada por un puñado de hombres onubenses de corazón español culto e ilustrado, había restaurado el Monasterio, que, hasta que ellos actuaron, yacía cercado de escombros, asesinado por el olvido, como producto de aquella generalizada e irritante operación liberalista (antecedente de la socialista actual) que, bajo el eufemismo de «desamortizar» bienes eclesiásticos, intentó, como ahora de nuevo se intenta, dar a la nada la memoria histórica del pueblo español, desgajarlo de sus raíces vitales.

Para la subsistencia material de los participantes en los Cursos —comidas y reuniones informales— servía bien el Parador de La Rábida, construido tiempo atrás por las autoridades onubenses y que por entonces, o hasta entonces, estaba semidesierto de visitantes. En el amplio comedor se reúnen a la par profesores y alumnos.

Monasterio y Parador y la vida renacida que les trae la sangre nueva, joven y sabia de la estrenada Universidad, hacen ahora presente y real la nostálgica belleza del paisaje rabideño, tan íntimamente franciscano: una casta península crecida en pinos siempre nuevos e inestrenados (los descritos por Juan Ramón Jiménez en la virginal pureza de luces malvas crepusculares retenidas en sus copas).

El paisaje había sido ornado, en los años del Cuarto Centenario del Descubrimiento, con un esbelto monumento central enlazado con el Monasterio por ancha avenida. No estaba mal. La pureza del paisaje franciscano seguía, aunque exaltada por el monumento, virgen y sencilla.

La bullente muchachada de los alumnos tiene que dormir en Huelva: llegada en autocares por la mañana; salida hacia Huelva al morir la tarde;

alojamiento en hoteles y pensiones. Los autocares van de Huelva a la Punta del Sebo, y vuelta. La Ría, donde confluyen el Odiel y el Tinto, la salvaba Bocanegra —un personaje esencial durante muchos años en la historia de la Universidad de La Rábida— con sus barcazas transbordadoras de personas y vehículos. Hoy la salva un largo puente.

Varios miles de hombres y mujeres jóvenes, universitarios de todas las regiones o comunidades de España, de Portugal, de las naciones iberoamericanas, de Estados Unidos de América y de los países o naciones de Europa hicieron los cursos anuales de la Universidad de La Rábida a lo largo de tres décadas.

La vida estudiantil durante el Curso de estudios rabideños es alegre, desenfadada y seria. Todo a la vez. El Curso, con sus clases, conferencias, ciclos de seminarios científicos y coloquios culturales, resulta siempre enriquecedor: amplía conocimientos, descubre perspectivas, abre horizontes de interpretación científica y vital, hace más universal la actitud ante la historia y hacia la vida.

Para muchos de aquellos estudiantes y jóvenes licenciados el paso por la Universidad de La Rábida resulta unas veces iluminador, otras decisivo para su vida personal: determina su orientación vital, su vocación y estilo de trabajo, su compromiso existencial con valores trascendentes, su vivencia del trasfondo de corazón que emerge, rigiéndolos, en todos los aspectos de la vida, incluso en el profesionalmente intelectual.

A lo largo de los años de los Cursos rabideños, cientos de Profesores universitarios y de personalidades científicas imparten su docencia desarrollando programas completos o ciclos especializados o conferencias aisladas.

La Universidad de La Rábida se nutre en sus inicios primerizos de Catedráticos y Profesores e Investigadores de Sevilla y Andalucía, especialmente de los integrados en la Universidad hispalense y en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos; pero también, ya de inmediato, desde sus comienzos, de otros muchos procedentes de países iberoamericanos y europeos.

Son personas de diversas escuelas científicas, de ideologías diferentes, de distintas religiones, de pluriformes creencias o agnosticismos. A los profesores invitados sólo se les exige que respeten la libertad de pensar de los demás, de los alumnos y colegas asistentes.

¿Que esto era chocante en la España política de las décadas 40, 50 y 60 de nuestro siglo? No. No era chocante. Era simplemente un hecho, vivido de ordinario con toda naturalidad. Sólo parece resultar chocante para el paletismo ideológico que se ha erigido en nuestros días como tachador de los hechos que no entiende y desfigurador del mismo pasado inmediato, avalado por aún vivientes testigos y por publicaciones y documentos abrumadoramente numerosos.

El presente libro relata la historia de la Universidad de La Rábida, proporciona datos, da nombres de personas y personalidades concretas, describe actividades y vida. Los testimonios que siguen a la relación histórica son por sí mismos una amplia y calificada muestra, aunque, por reducida, naturalmente incompleta, de la variedad de personalidad, ideas y talante vital peculiares de cada uno de los que pasaron, como estudiantes o como profesores, o sucesivamente con ambos caracteres, por la Universidad de La Rábida.

Junto a los estudios históricos y culturales y a las actividades al servicio del desarrollo de la personalidad de los intelectuales, la Universidad de La Rábida integró en su proyecto y realización estancias y cursos creativos para jóvenes pintores que vienen, a lo largo de aquellos años, de Sevilla, Valencia y otros variados lugares. Convoca concursos de creación literaria (narrativa y lírica), de ensayo, etc.

Más adelante surgieron los Cursos rabideños específicos para Maestros y Maestras (los actuales Profesores de EGB), de tan relevante capacidad de acción, formación e influencia social.

Se crearon más tarde los Cursos de Verano femeninos, que acogían a universitarias de Sevilla, Andalucía, de toda España y de otros países. La estructura de las instalaciones de la Residencia de la Universidad condicionaba el que los cursos femeninos se desarrollaran autónomamente.

Es esencial, me parece, no dejar de señalar un sello característico que don Vicente imprimió desde los comienzos a la Universidad de La Rábida, sello que, por lo demás, fue siempre propio de todas sus actividades y empresas. Me refiero a la vinculación y, aún más que vinculación, impregnación y fusión del proyecto, desarrollo y vida de la Universidad con su entorno social concreto. Con Huelva, Palos, Moguer, los más inmediatos, y con el amplio circuito de ciudades y pueblos en los que la Universidad se hacía anualmente presente en visitas culturales y mediante variadas relaciones.

La Universidad y sus componentes humanos, rectores y directores, profesores y alumnos, son elemento vivo integrado en su entorno social. Decisivo para ello fue siempre el talante de don Vicente, capaz de convertir en amigos suyos, por su arrolladora simpatía y actividad, hasta a las personas de más adusto carácter.

La colaboración y participación de los alcaldes, ayuntamientos, personalidades y pueblo del contorno geográfico y social en diversas actividades rabideñas fueron durante muchos años parte y carácter peculiares de la Universidad de La Rábida.

Algunas de esas personalidades llegaron a integrarse plenamente en el proyecto rabideño. Evocaré, como singular ejemplo ilustrativo, a Pablo García-Izquierdo, que conoció a don Vicente y la Universidad en los inicios de esta, cuando él era alcalde de Moguer. Adherido desde el primer momento al ideal, proyecto y actividades de La Rábida, acabó años después, hasta su muerte, plenamente incorporado a las actividades organizativas que don Vicente promocionaba en diversas partes de España.

Pero de la historia de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida y de su proyección en otras tareas a ella vinculadas ya se trata mucho, y bien, en el presente libro cuyo epílogo escribo. El alcance de mi tarea se acaba en hacer estas evocaciones rápidas, y en resaltar, acaso, algunos de los rasgos del ser y del hacer que se relatan en sus páginas con acierto y suficiente extensión.

En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla

La presencia operativa de Vicente Rodríguez Casado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla se hace progresivamente influyente.

Se debe esto, sobre todo, a su capacidad de dinamismo y a su espíritu abierto a todas las personas. Intima con el Catedrático Juan de Mata Carriazo, antiguo institucionista, a cuya rehabilitación administrativa contribuye decisivamente, y con el que coincide en su ideal de renovación universitaria. Promociona nuevos catedráticos surgidos de la Facultad y de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

El ascendiente y prestigio que le otorgan sus actividades creadoras hacen que, pocos años después de su llegada, los catedráticos lo elijamos por unanimidad para desempeñar el cargo de Decano.

La Universidad de Sevilla estaba a la sazón constreñida a desenvolverse en el viejo edificio de la calle Laraña. En las escasas y modestas dependencias que circundaban el segundo patio —el patio pequeño situado al fondo— estaba instalada la Facultad de Filosofía y Letras, junto con la magnífica punta de lanza creativa que de ella dependía; me refiero al Laboratorio de Arte, creado por el Catedrático Francisco Murillo y ya nutrido de sus primeros discípulos investigadores.

La España de la postguerra era una España socialmente nueva también en el aspecto universitario. El número de alumnos creció en un salto cualitativo. Recuerdo, para ilustrar esta afirmación, las palabras que le oímos en una de sus clases al Catedrático don Manuel García Morente los que fuimos alumnos suyos durante el curso 1941-1942 en Madrid. Éramos unos treinta-cuarenta alumnos del primer curso de la Sección de Filosofía (tercer curso, ya especializado, de la Licenciatura en Filosofía y Letras). Nos manifestó la dificultad que le suponía explicar Filosofía a tan gran número (me parece recordar que nos llamó «multitud») de alumnos. La Filosofía era cosa a enseñar y a dialogar en cursos de grupo reducido, como siempre había sido en sus años anteriores de Catedrático (los suyos y los de Ortega). Ahora se sentía desbordado. Se trataba, pienso, de su sorpresa ante el fenómeno nuevo —iniciado ya a partir del final de la Guerra de España en la sociedad también nueva que entonces surgía— de la afluencia a la Universidad de jóvenes de las clases medias, cuya expansión social comenzaba.

De la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla surgió por entonces la idea de que la Universidad se instalara en el edificio, tan histórico, artístico, extenso y funcional, de la Fábrica de Tabacos.

El inmenso y complejo cúmulo de dificultades políticas y administrativas se salvaron, bajo el dinamismo del decanato de don Vicente, entre otros varios factores por la unanimidad de todos los catedráticos, por el entusiasmo desarrollado por Juan de Mata Carriazo en la propagación de la idea y, sobre todo y decisivamente, por la capacidad y eficacia de gestión y de influencia de José Antonio Calderón Quijano.

La realización del intento se consiguió, primero en el papel de las decisiones gubernamentales, luego en el inicio y en la prosecución de las obras de adaptación del noble edificio. Y, al cabo de pocos años, en su consumación.

La Universidad de Sevilla dio un salto cualitativo por cuanto la calidad

de las actividades docentes, discentes e investigadoras está en gran parte vinculada a la condición, aptitud y amplitud de las instalaciones. Después el proceso ha seguido. El desarrollo social que se inició en España en 1939, que se moduló en amplitud decisiva en los años 60 y que prosiguió posteriormente, ha ido obligando a nuevas expansiones de instalación, iniciadas en los años 70, y ha planteado nuevos requerimientos ya en nuestros días.

Pero el impulso del germen específicamente nuevo, en cuanto a expansión cualitativa y cuantitativa se refiere, de la Universidad de Sevilla estuvo en aquel ideal, concretado en idea y proyecto, que surgió, durante el Decanato de don Vicente, en la Facultad de Filosofía y Letras y al que se sumaron de inmediato las demás Facultades.

El dinamismo de Vicente Rodríguez Casado llegaba a todo. Por aquellos años se conjugó con el afán cultural, universitario y gaditano de José María Pemán y con el entusiasmo creador del entonces Gobernador Civil de Cádiz Rodríguez de Valcárcel. Yo actué—me tocó el papel—de muñidor de entendimientos y coordinador de acciones. Resultado: los Cursos Universitarios de Verano de Cádiz. Sobre Cádiz se volcaron, en íntima conjunción con la aportación personal de Pemán y de destacados intelectuales gaditanos, la colaboración de los intelectuales y universitarios de Sevilla y de diversas partes de España y del extranjero. El sostén moral y más influyente era Pemán, como siempre que se trataba de algo atañente al alma española y gaditana. El dinamismo motor lo puso Vicente Rodríguez Casado. Los recursos fueron aportados por Rodríguez de Valcárcel desde el Gobierno Civil y por otras instituciones gaditanas. Los demás colaboramos.

Creo que todavía se mantienen esos Cursos Universitarios y Culturales de Verano. No sé en qué forma y apenas tengo interés en saberlo. Casi todas las novedades de estos últimos diez años son de reducir a mediocridad las tareas que nacieron de ideales ambiciosos y puros. Pero, puestos a suponer, como íntimamente deseo, lo mejor, quizá mis motivos para ignorar su presente son infundados.

La Sección de Historia de América

La Escuela de Estudios Hispanoamericanos —tal como la proyectó Vicente Rodríguez Casado— integró, en su fundación y primera andadura, dos aspectos complementarios de actividad científica: el investigador y el do-

cente. Este último estribaba en la realización de cursos especializados de Historia de América, que culminaban en la obtención de un diploma no homologado oficialmente.

Factores diversos, de diferentes y contrapuestos signos, no todos de correcta intención, determinaron la supresión de esta docencia en la Escuela y su pase a la Universidad. Quizá fue providencial este cambio de rumbo que se impuso al impulso de vital creatividad de Vicente.

En 1945, a partir de la iniciativa ya estrenada en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, se crea en las Universidades de Sevilla y de Madrid la Sección de Historia de América. Esta, la Historia de América, cobra así un *status* universitario que antes no tenía. Se oficializan en la Universidad los estudios e investigaciones sobre la historia americana. Las Secciones de Historia de América son creadas para hacer operativa en las nuevas generaciones una de las partes más esenciales de nuestra memoria histórica.

Se propone con ello a las nuevas generaciones de universitarios una dedicación especializada a la Historia —al traer a presente el pasado— de las naciones de América y, por tanto, de la empresa española descubridora, culturizadora y evangelizadora del Nuevo Mundo, tarea hispánica a la que se fueron incorporando posteriormente otras naciones europeas.

La histórica empresa española, tal como es sugerida para estudiada en el nuevo cauce investigador, docente y formativo de los universitarios, significó la creación de un mundo cultural, político, socioeconómico y religioso caracterizado por la asunción de los pueblos y culturas indígenas, anclados hasta entonces en lejanos pretéritos históricos, en el dinamismo de la cultura occidental cristiana.

España creaba allí Virreinos (los que fueron después naciones independientes) con una fuerte cohesión económica y política, vinculados a la Corona o Estado español. Era el mundo hispánico, culturalmente idéntico en sus dos diferenciadas versiones políticas, la española y la portuguesa. La vieja Iberia del continente europeo, tan precoz y rápidamente elevada a la cultura romana y luego cristiana, fue organizada administrativa y culturalmente por Roma como Hispania. Esta se diversificó en los siglos renacentistas en dos estados nacionales políticamente distintos, pero cuyo común patrimonio histórico-cultural sigue vivo en lo profundo de su espíritu y de sus empresas. Camoens evocaba este hondón de unidad cantando a los «hispanos» (portugueses) protagonistas de la epopeya descubridora y culturizadora de las rutas marinas hacia el oriente.

España y Portugal consumaron la primera unión radical de los pueblos y culturas de nuestro planeta en aquel acontecimiento histórico —llevado a cabo en periodo de tiempo por entonces récord— del descubrimiento, fusión social y elevación a la cultura cristiano-renacentista de todo el Nuevo Mundo americano y parte del viejo mundo asiático oriental. Ese mundo iberoamericano o hispánico (si lo calificamos con la más clásica denominación romana) era una realidad global de la que formaban —y forman— parte esencial las naciones de España y Portugal. Una realidad histórica y viviente, reciamente entramada, cuyas raíces, génesis, avatares posteriores y situación actual había que investigar, para estar en condiciones de otear su futuro previsible y de proyectar su futuro de ideal conquistable.

Para las nuevas Secciones Universitarias de Historia de América se crearon las correspondientes plazas docentes e investigadoras de catedráticos y profesores. Los concursos-oposiciones fueron pronto convocados y resueltos. Los puestos fueron cubiertos y desempeñados titularmente por americanistas de Madrid, Barcelona y otras partes, y especialmente, en buen número, por personalidades científicas integradas en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y por jóvenes investigadores ya formados en esta.

El Club La Rábida

Pero el ideal activador (animador de latentes aspiraciones reales) de Vicente Rodríguez Casado era, por universalista y humano, irreductible a los límites de un trabajo especialista y desencarnado de la realidad viva. Por tan esencialmente humano era el suyo un afán integral, dirigido, siempre desde la raíz del impulso juvenil, a la persona completa en todas sus expresiones vitales. Y por universalista su afán era concreto, arraigado en el aquí y ahora de la circunstancia vital.

De ese impulso nació el Club La Rábida. Lo crea al comienzo de la década de los 50, instalado en los locales bajos, semisótanos, del edificio de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Dispone de sala de actos y conferencias, de sala de estar y reuniones, de un sobrio y breve bufé y de un vestíbulo de expansión.

Allí todo es familiar e íntimo, como cualquier creación de Vicente. El «barman» o encargado del bar es Pepe, el durante años conductor, y ya

cansado de serlo, de la «canao», como jovialmente llamábamos la gente joven y vieja al antediluviano coche «oficial» de la Universidad de La Rábida y de la Escuela, que igual servía para recibir oficialmente a un personaje como para hacer una excursión juvenil. Pepe sabía bien su nuevo oficio retirado de ajetreos móviles; conocía bien, sobre todo, a don Vicente, al que siempre estaba disponible atento, y su personal estilo de vivir y de actuar; le eran familiares, por el frecuente y en la mayoría de los casos antiguo trato, las personas jóvenes y mayores de su «clientela».

El Club La Rábida era lugar de encuentro de los hombres y mujeres de la clase intelectual sevillana, historiadores, periodistas, filósofos, científicos, poetas, pintores y del más variado etcétera, jóvenes y viejos de variopinto carácter e ideología, así como los homólogos a ellos que llegaban de otros parajes mundiales, especialmente de Iberoamérica.

El Club era una tribuna abierta a todos los que tenían algo que comunicar (intelectuales, científicos, periodistas, políticos, poetas, etc.). Un lugar acogedor de todos los que querían reunirse para dialogar o tertuliar sobre las más variadas cuestiones.

Su salón de actos, sobria y elegante y cómodamente acondicionado, era un ámbito de comunicación abierto a las más diversas actividades culturales: desde teatro-leído organizado por universitarios hasta conferencias (habitualmente conferencias-diálogo) de alto o menos alto empaque protagonizadas por personajes ilustres en las letras o en las ciencias o en el arte, o por destacados protagonistas de la política o de la acción social, o por jóvenes comunicadores que hacían sus primeras armas en el ámbito de la actuación pública.

Los locales de estar del Club La Rábida acogían con frecuencia tertulias abiertas a todos los que querían comunicarse al modo de la intimidad del contacto inmediato y del diálogo personal. Era un club abierto y libre.

El espíritu de libertad que en él reinaba se plasmó en múltiples situaciones. Entre cientos de ellas narro, lo más brevemente que pueda, la para Jorge Guillén sorprendente vivencia de libertad que sintió y me expresó, y que se llevó a su partida en el adentro de su alma, el gran poeta.

Eran todavía los años cincuenta. Jorge Guillén venía anualmente a España y visitaba las ciudades y lugares para él entrañables así como a las personas religadas a él hasta los años 30. Por esto venía, cómo no, a Sevilla, la ciudad tan entrañada en su alma, en la que vivió años de trabajo docente y de intimidad poética creadora.

Conocí a Jorge Guillén porque nos presentó Juan de Mata Carriazo, amigo de ambos. Juan de Mata era amigo suyo desde los años de colegas universitarios institucionistas; y amigo mío (como desde antes lo fue de Vicente Rodríguez Casado) a raíz de mi llegada a Sevilla. Surgió esta amistad por el espíritu universitario y de libertad que nos era común. Vicente y yo lo teníamos por cristianos y Juan de Mata, con su estilo institucionista, lo poseía a su vez también por su espíritu cristiano, que fue vivo en él desde sus ancestrales raíces vitales, como me reveló a lo largo de los años de convivencia y trato que tuvimos y como demostró en los últimos de su vida. Por nuestra común amistad con Juan de Mata Carriazo nació de inmediato entre Guillén y yo una amistad que pudimos compartir y ahondar durante su estancia en Sevilla.

Le acompañé por la ciudad. Hablamos de lo divino y de lo humano; sobre todo, naturalmente, de poesía. No puedo olvidar, por inolvidable, nuestra larga conversación, iniciada al mediar la tarde, en una «granja» o bar de bebidas de zumos frescos que había hacia la mitad de la calle Tetuán y de cuyo nombre no me acuerdo. Hablamos largamente de poesía y de su poesía (la de Jorge Guillén), que hasta ese momento sólo estaba publicada en *Cántico*.

He lamentado muchas veces no haber tomado nota al día siguiente de los detalles que me dio sobre los momentos y lugares concretos, muchos de ellos sevillanos, en que surgieron en su alma diversos poemas de *Cántico*. Y de pensamientos y recuerdos que me comunicó en la hondura de nuestra conversación sobre la poesía y el ser poeta. En un momento determinado tomó en sus manos el ejemplar de *Cántico* que yo había traído para hablar con él. Sin decirme nada escribió, llenando la página preliminar en blanco del libro con su letra amplia y generosa, una entrañable dedicatoria personal a mí, dedicatoria que conservo.

Hacia las once y media de la noche nos dimos cuenta de que no habíamos cenado, pero optamos por hacerlo él en el Hotel Inglaterra donde residía, si mal no recuerdo, y a donde le acompañé, y yo en mi casa.

Quería relataros una anécdota expresiva del espíritu de libertad que se vivía en el Club La Rábida. Me he demorado en narrar estos antecedentes que sólo son preparatorios para su comprensión. La cuento ahora.

Yo andaba por entonces, y como durante muchos años, rodeado (cercado casi) por jóvenes poetas sevillanos. Era una generación o promoción generacional más entre las que secularmente fluyen, siempre vivas y nuevas, en Sevilla, integrada cada una de ellas por hombres y mujeres juveniles vocados, o invocados, desde el adentro de su alma, a la poesía. Tenía-

mos nuestras entrevistas particulares y nuestras tertulias comunes. Yo me veía obligado a hacer de animador de jóvenes poetas. Bastantes de ellos no se sentían comprendidos por los catedráticos y profesores de literatura de la Universidad; resultaba paradójicamente lógico; estos profesores eran literatos o expertos en literatura, y algunos muy buenos especialistas, pero sólo podían reconocer la poesía cuando ya estaba establecida o aceptada, cuando ya había sido reconocida como tal; ante las expresiones nuevas de la poesía joven —cargada de luces, atrevimientos y, a veces, de intuiciones o realizaciones inciertas— resultaban hesitantes o ciegos.

Mis amigos jóvenes poetas, cuando me vieron andar en amistad de Jorge Guillén, me pidieron que les consiguiera del poeta, ya un clásico de la más actual modernidad, una reunión en la que pudieran presentarle sus poemas, sus creaciones, y escuchar sus consejos. Guillén aceptó gustoso mi invitación. Nos reunimos en el Club La Rábida. Los jóvenes le leyeron sus poemas, se expresaron con espontánea y libre libertad. Jorge Guillén estuvo amable, interesado, acertado, elevador y comprensivo en su diálogo con la poética juventud.

Pero después, ya a solas él y yo, se lo dije: Te he notado en algunos momentos algo agarrotado, poco suelto. Sí —me dijo—; estoy en España, me muevo libremente, pero vengo con la prevención de que la policía aquí lo vigila todo y a mí desde luego. Me reí. Aquí nadie te vigila —le dije—. En esta España de ahora los únicos que no tienen libertad son los políticos, pero incluso estos sólo carecen de libertad «política», es decir, en el sentido de formar y organizar partidos; estos no son reconocidos y tampoco, para la mayoría de la gente, son sentidos como necesarios para vivir libremente. Y le añadí: Tienes tu corazón en España, la visitas todos los años, ¿porqué no te vuelves a vivir aquí? Lo he pensado y tanteado —me contestó—, y no hay dificultades legales; yo no soy hombre de partido político; pero tengo mi vida ya demasiado atada a la Norteamérica hispana, donde desempeño mi trabajo universitario, donde mis hijas se han casado.

El espíritu de libertad de los jóvenes poetas sevillanos, tal como Jorge Guillén lo vivió en el Club La Rábida, le dejó gratamente desconcertado. E ilusionado.

En el Club presentaron sus primeras comunicaciones ante el público no sólo los poetas de la palabra, sino los de todas las artes. Pintores y pintoras jóvenes de aquellas generaciones, varios de ellos hoy ya «consagrados» y pingüemente valorados —hasta en lo económico— desde hace años, hicieron allí sus primeras armas en el arriesgarse a la exposición pública.

Para las exposiciones de pintura se habilitaba el amplio vestíbulo de la Escuela. Esta, lo mismo que su Residencia de Investigadores y Becarios y que la Universidad de La Rábida, se exornaron con cuadros donados por los entonces jóvenes artistas en inicial proceso de madurez o que estrenaban impulso creador.

Y con los poetas, pintores y escultores, también los jóvenes músicos. En el Club nacieron —lo sé bien porque de ello fui en buena parte animador— las Juventudes Musicales, que siguen vivas y continúan siendo presididas por Julio García Casas, uno de sus jóvenes fundadores. Julio era cordialmente «odiado» por los residentes y adscritos de la Residencia de Estudiantes de Guadaira, en la calle Canalejas, por las largas sesiones de ensayo e interpretación que realizaba en el piano de la Residencia y que inevitablemente se oían en toda la casa. Aquella Residencia —que yo dirigía— fue también uno de los lugares frecuentados por don Vicente, que me agitaba y revolvía, con su alegre camaradería juvenil, a la muchachada universitaria.

Es fácil adivinar que el Club La Rábida desempeñaba, a la vez y desde luego, la función de ser el lugar de expansión y de reunión de los habitantes de la Residencia de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. En él convergíamos personas de diversas naciones, de diferentes mentalidades, de distintas idiosincrasias, en las conmemoraciones, celebraciones de éxitos profesionales y fiestas entrañables de Navidad, Año Nuevo y otras.

Vicente era, con su espíritu creativo y acogedor, el alma de todo ello, aunque, como alma, invisible casi siempre, o en corpachón visible muchas veces, cuando participaba, que lo hacía frecuentemente, en aquellos actos y reuniones con su somáticamente gruesa y alegremente extrovertida humanidad.

Ateneos Populares y Cofradías de Pescadores.
Las «Conversaciones de Historia de España»

En 1958 Vicente se traslada a la Universidad de Madrid (la actual Complutense).

Abandona la dirección de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, que deja en manos del nuevo director, y miembro de la Escuela desde los orígenes de esta, José Antonio Calderón Quijano. Pero continúa, y así seguirá durante muchos años, de Rector de la Universidad de La Rábida.

En Madrid, junto con su cátedra, desempeña a lo largo de varios años

dos cargos políticos: el de Director General del Instituto Social de la Marina y el de Director General de Información.

Pero Vicente en nada se dedica a la política. En el desempeño de sus cargos sigue haciendo lo que le es consustancial a su alma de animador social: obras de juventud.

Recorre la geografía entera española reanimando las Cofradías de Pescadores, infundiéndoles un nuevo impulso inspirado en el ideal humanocristiano de justicia social y de eficacia estructural y operativa, y fomentando en ellas la presencia activa de los jóvenes. Y, además y naturalmente, elevando su nivel cultural por los más diversos medios y actividades; avivando constantemente, también en este aspecto, el protagonismo de los agremiados jóvenes.

Concibe los Ateneos Populares como centros de animación cultural y de activismo social. El pluralismo político está garantizado en ellos. La formación humanista y cultural, clásica y avanzada a la par, es el medio que Vicente concibe como el más eficaz para crear la capacidad de acción de la juventud obrera y para impulsar su actividad.

Esta formación proporciona a los hombres, jóvenes o maduros, una eficaz aptitud para la interpretación personal de los acontecimientos de la vida a todos los niveles: individual, familiar, laboral, social, político. Tal capacidad crítica de discernimiento y de interpretación, alcanzada mediante una formación cultural personal, solidariamente radical y ampliamente abarcadora, proporciona a los obreros el arma mejor —arma de base, *sine qua non* y con la cual todo— para ser realmente libres, inmunizados frente a engaños y falaces seducciones, para ejercer defensiva y activamente su libertad personal y social en todos los terrenos de la vida, para no ser manipulados por demagogos y demagogias, para no someterse a dictados políticos coercitivos de cualquier tipo que estos sean (estatales, partidistas, ideológicos).

En los Ateneos Populares la vida se desenvuelve en un ambiente de compañerismo, respeto mutuo y libertad; y de alegría, naturalmente, pues don Vicente hace, dondequiera que actúe, que la convivencia sea siempre festiva en todos los aspectos, hasta en los más serios.

Las actividades de los Ateneos están dirigidas por los mismos ateneístas. Estos son mayoritariamente jóvenes. Actúan con completa autonomía, conjugando el binomio libertad-responsabilidad a la zaga del espíritu que

don Vicente infunde en los hombres que responden a su convocatoria. Eso ni quita ni pone para que don Vicente fuera reconocido siempre, unánimemente y con cariñosa guasa, como el máximo «mandón».

Surgen Ateneos en las más variadas áreas sociales de España. Adquieren en cada una de ellas el color de su peculiar ambiente. Proliferan en las cuencas mineras de Asturias, de tan especiales características sociales; en Getafe; y en Sevilla, y Huelva, y en numerosos lugares más de la geografía social española.

Los Ateneos no son en nada estatales. Se desarrollan desligados del entramado político vigente. Vicente los sostiene mediante la colaboración de los mismos ateneístas, con donativos de instituciones y amigos, y por la canalización de recursos oficiales, gestionados por él o por otros, en la medida —toda y sólo— que la legalidad administrativa se lo permitía: subvenciones a obras sociales, donativos de fondos de libros, etc.

Para la actividad viva de los Ateneos Vicente moviliza a líderes obreros y sindicales, a jóvenes líderes universitarios, a catedráticos y profesores de Universidad e Instituto, a sociólogos, economistas, escritores, etc. Prestan su colaboración gratuitamente, condición que todos la sabíamos sobrentendida cuando Vicente nos invitaba o nos convocaba a participar.

Las actividades de los Ateneos son variadas en su contenido, modo y lugar. No hay medio de aburrirse ni de sorprenderse. Para dar una idea intuitiva de esto, evoco, entre otras muchas y multiformes, una anécdota de mi experiencia personal.

Vicente me invitó (es un decir, pues sus invitaciones a los amigos eran íntimamente coercitivas, esto es, de acatamiento necesariamente libre); me invitó, digo, a protagonizar una conferencia-coloquio para jóvenes de Huelva. No recuerdo si eran de los Ateneos Populares o de las Cofradías de Pescadores o de ambos movimientos a la par, pues en las maneras organizativas de Vicente todo se realizaba en una indiscernible pero netamente distinguida fusión, en la que cada quien y cada cosa era lo que era. Me dijo el día, hora y ciudad: Moguer. Quería que les hablase y que discutiera con ellos sobre cuál y cómo era la auténtica libertad y de las maneras de ser radical y activamente libres, en cuanto personas individuales y en cuanto responsables agentes sociales.

Al llegar, me encontré con que la conferencia-coloquio se desarrollaría en una bodega de Moguer. Ambiente de grata familiaridad y cariciosa temperatura. Con acompañamiento de vino fino del Condado y tapas. El local

y los acompañamientos de consumo los ponía, y gratuitamente, claro, el dueño de la bodega y amigo de don Vicente.

Me hice mentalmente un esquema: exponerles, con lenguaje a la vez objetivo y conmoviente las ideas esenciales —teóricas y prácticas— sobre la libertad personal, solidariamente individual y social.

Porque a la juventud sólo hay que hablarle con ideas y palabras esenciales; las demás le aburren por no interesarle o por no entenderlas. Pero las palabras esenciales les atraen, sorprenden y seducen. Por eso los jóvenes son, aunque con frecuencia sólo de inmediato y provisionalmente, tan engañadizos y fáciles de seducir cuando se les dan, camufladas como ideas esenciales y proyectos ideales, ideas y proyectos interesados, ideológicos, circunstanciales, demagógicos y hasta estragadores. Cierto es que los jóvenes, por eso mismo, son prontos a la reacción, más o menos apasionada y hasta violenta, que desencadena en ellos el desengaño, el descubrimiento de la falacia o de la mentira; lo cual sucede casi siempre precozmente por la intuitiva captación, tan característica de la juventud, de la sinceridad y veracidad de los comunicadores y de sus mensajes y, sobre todo, de su comportamiento.

Las ideas y proyectos activos que yo les expuse durante cuarenta y cinco minutos, eran exactamente las mismas que había desarrollado durante un Curso entero de Doctorado. Pues lo mismo que se dice al modo del *logos* (expresión o palabra) científico puede decirse también, e igual de exactamente, al modo del *logos* del pensar común. Parejamente, lo que se expresa en *logos* de pensamiento puede decirse también, y acaso mejor, en *logos* poético, siempre exaltador del alma juvenil; y a la inversa. Hay diversos *logoi* o modos de expresar el ser de las cosas cósmicas, humanas o trascendentes, y todos son «traducibles» entre sí. Con los jóvenes empleo uno u otro modo de *logos* según le vaya mejor a la idea y a los oyentes, y, frecuentemente, dos o tres *logoi* distintos para expresar la misma idea, a fin de que ésta se adentre creadora y libremente en sus espíritus.

Vicente hacía, instintivamente, esto mismo. Por eso los jóvenes le entendían siempre tan bien. Cuando alguna vez intenté explicarle los precedentes distingos filosóficos, se reía. Él, espontánea y simplemente, los realizaba en la práctica. El arte de comunicación directa, inmediata y operativa con los jóvenes lo tenía Vicente como por naturaleza. Precisaré: le era conatural, desde luego, por su espíritu esencialmente joven, pero, además, y también intrínsecamente, porque les hablaba siempre —aunque a veces fuera con palabras, que explicaba, de historiador y pensador científico—

desde el amor, esto es, desde el ejercicio espontáneo y cuasi connatural de la virtud teologal del amor.

A mi intervención en la bodega de Moguer siguieron otros tres cuartos de hora de apasionado diálogo. Los jóvenes hablan siempre apasionadamente, y, casi siempre, con un apasionamiento lúcido. Nosotros también lo hacíamos cuando éramos jóvenes, y ahora lo hacemos igualmente cada vez que nos vivimos en espíritu joven.

Terminado el acto —«conferencia» y coloquio general—, siguió una hora casi de charlas en grupos, de consultas y apelaciones personales, de confidencias individuales también. De seguro que, ya en esos ratos finales, el vino fino del Condado, aunque en verdad sobriamente consumido, facilitaba la espontaneidad de la expresión y de la comunicación.

La juventud vivía alegremente reflexiones íntimas y hasta incipientes o nucleares intuiciones de ideales de vida, unos muchachos más, otros menos. Así, en la convivencia en los Ateneos los jóvenes se sabían acompañados y se sentían apoyados en su afán de madurar, de enriquecer su carácter, en su curtiirse vital; ganosos de arraigarse en valores y de fortalecerse cara al cumplimiento de sus ideales personales en la dureza de la realidad y de las circunstancias de la vida en que tenían que desenvolverse.

Don Vicente era para la juventud de los Ateneos Populares el maestro de historia, de vida y de libertad, siempre centrado en el dinámico presente, arraigado en el pasado vitalizador del hoy, y hacedor, desde el ahora mismo, de un futuro penetrado de valores humanos y trascendentes.

Don Vicente, en aquellos años, va sembrando por todos los Ateneos Populares de España sus *Conversaciones de Historia de España*, reiteradas en cada sitio y siempre nuevas.

Son *Conversaciones* de una sugestiva belleza, por la fluida sencillez, claridad y emotividad de su mensaje, por su sabio uso de la ciencia histórica en la comunicación popular, por su intimidad expositiva que incorpora a los jóvenes oyentes y coloquiantes a la aventura siempre viva de la patria, que los anima a servir ideales universales en el espacio y en el tiempo concretos. No es extraño, sino frecuente, que tales ideales sean entrañados, casi espontáneamente, en el proyecto vital de cada uno de los integrantes del joven auditorio.

Estas *Conversaciones* hacen vivir el proceso de la historia de España en su real y efectivo universalismo. Arrancan por ello de la exposición de los

ancestros más primitivos de la cultura humana. Describen los rasgos esenciales y los avatares más significativos de la cultura romano-griega y del cristianismo naciente. De ellos se nutren las raíces de nuestro amanecer a los tiempos históricos. La historia de España se revela, ya desde sus orígenes, vinculada a los dos grandes horizontes de la historia humana universal y de la historia religiosa de la salvación del hombre.

A grandes trazos esenciales describe plásticamente y hace revivir estos orígenes de los que España emerge, con personalidad cada vez más propia, en sus progresivas fases históricas. Las *Conversaciones* las van describiendo y elevando a comprensión operativa: la Hispania romana; la Hispania de la unidad social, interracial y religiosa católica hispanogoda; la España de los Reinos españoles medievales, que se mantiene, aun en la diversidad de su pluralidad política, como unidad de vida histórica en las dos vertientes radicales en que tal unidad consiste: en la memoria, viviente y siempre operativa en todos y cada uno de los Reinos hispanos, de su unidad comunitaria de origen y de destino, y en la presencia, permanentemente actual y actuante a lo largo de ocho siglos, de la común empresa de la Reconquista o Liberación de la España total.

Entre tanto, ya el Reino de Aragón, que integraba en su estructura íntima y en sus proyectos históricos a Cataluña, se había desbordado desde la mitad oriental de la península en empresas expansivas en la Europa mediterránea, y el Reino de Castilla se había alargado por occidente hasta integrar en la religión católica y en la cultura e historia hispanas a las entrañables Islas Afortunadas.

Las *Conversaciones* exponen el momento estelar en que España alcanza una moderna unidad política: es la primera nación europea de los tiempos modernos. Era la España que, penetrada en su carne y en su sangre por las creencias de la igualdad esencial de todos los hombres y del universalismo redentor propio de la Iglesia Católica, y ya reciamente estructurada por los Reyes Católicos en su contextura política, cultural y social interna, estaba lista para desbordarse creadoramente en el mundo histórico: se sabía capaz de ello; y se sintió, desde su adentro, impulsada para afrontar dos impresionantes aventuras creadoras, solidarias e inseparables entre sí por la unicidad de su espíritu animador o, al menos, porque fueron solidarias e inseparables *de facto*.

La primera de ellas, y que resultó ser en sumo grado decisiva para la historia del mundo y para la historia cristiana de la salvación, fue la empresa descubridora del Nuevo Mundo.

Colón y sus marinos españoles —los, en concreto, rabideños de Palos, los mejor preparados y más atrevidos del mundo en aquellos tiempos— son avalados, inspirados e impulsados por la comprensión arriesgada de la Reina Católica Isabel. Una nación, España, que contaba, en vísperas de los albores del 1500, con una población de escasos ocho millones de habitantes, puebla y fecunda —hasta biológicamente, creando el formidable fenómeno histórico del mestizaje biocultural— a todo un nuevo continente de la tierra. Se crea, en cuanto a estructura político-social-cultural, y en un tiempo históricamente récord, el más extenso imperio de naciones (administrativamente organizadas como Virreinos) que hasta esa época se había constituido en la historia. Esta comunidad hispánica de Virreinos mantiene su cohesión y vigencia, pese a los permanentes ataques exteriores, durante el tiempo de tres siglos (es el de mayor duración después del Imperio romano).

Se crea, sobre todo, y en plazo que es también un récord no superado en la historia, por obra de oleadas de millares de evangelizadores españoles, una comunidad humana de cristiandad católica que habla y reza en español y que, todavía hoy, constituye más de un tercio de la Iglesia Católica universal.

La segunda empresa mira a la vieja Europa, a la ya antigua cristiandad europea. En el interior de ella se produce, en los comienzos del siglo XVI, un turbulento proceso de escisión y descomposición. Y desde su exterior se acrece, en los tiempos finimievales y renacentistas, el proceso que Vicente describe como «cerco de la Cristiandad», iniciado en la edad media y cada vez más avasalladoramente avanzador.

España es la potencia cristiana católica que acepta liderar la defensa de la cristiandad frente a ambos procesos, el interno y el externo, que amenazaban la misma existencia de Europa.

Europa se escinde en un antagonismo —religioso y político mezclados— de lucha entre la Reforma Protestante y la Reforma Católica. Aquella, la protestante, domina en breve tiempo las naciones del norte y del centro de Europa, salvo Polonia y varios núcleos nacionales todavía sostenidos por el aún vivo Imperio austriaco. España, comandada por Carlos I como Rey de España o Carlos V como Emperador europeo y luego por Felipe II y sus sucesores, se resuelve a desempeñar el liderazgo, con su carga de sobreesfuerzo económico, demográfico y militar, de la progresión de la Reforma Católica y del mantenimiento de la unidad política de centroeuropa y de la

cristiandad católica europea (de un modo análogo a como, *mutatis mutandis*, cambiando todo lo mucho que hay que cambiar, los Estados Unidos de América se vieron obligados, ya en el siglo XX, a asumir el liderazgo de la defensa de la cultura europea y occidental).

En relación con el segundo proceso, el del cerco de la Cristiandad, España contuvo a lo largo de los siglos medievales, en su propia tierra, en el flanco occidental de Europa y salvando a esta, la avalancha invasora del gnosticismo islámico armado en Imperio. En el oriente europeo, durante esos mismos siglos, aguantó la embestida el Imperio bizantino cristiano, cada vez más desfalleciente, hasta su total avasallamiento por el Imperio islámico turco en 1453. Toda la Europa oriental, hasta las murallas de Viena, se vio progresivamente arrollada. El Mar Mediterráneo era un mar turco: desde sus bases orientales y norteafricanas los turcos dominaban la navegación marina y amenazaban, mediante repetidos asaltos de naves armadas con tropas de desembarco, las costas cristianas de Italia y de la España mediterránea inclusive (aquí con el apoyo de las internas milicias armadas de los moriscos). Sicilia y el sur de Italia, Roma misma incluida, estaba bajo el peligro de invasión. España libra, a lo largo del siglo XVI y luego del XVII, las batallas, marítimas y terrestres necesarias para contener este peligro imperialista invasor de la Europa cristiana.

España se desangra —biológica, económica y militarmente— en ambas empresas. Logra triunfos históricos formidables, como la batalla de Lepanto, y derrotas ostentosas, como el fracaso de la Armada Invencible, avatares que acontecen a todas las grandes potencias obligadas a ejercer un liderazgo mundial (sería ocioso reiterar el ejemplo contemporáneo de los Estados Unidos de América).

En los comienzos del siglo XVIII se da en territorio español la llamada Guerra de Sucesión. Esta no es sino una guerra civil, la primera de nuestra agitada modernidad decadente. En ella combaten, apoyando a las banderías antagónicas internas, las naciones europeas entre sí rivales que aspiran a poner a su favor la herencia política española.

Resuelto el embate, España sigue siendo durante el siglo XVIII una de las grandes potencias mundiales, pero el liderazgo europeo y mundial lo ejercen otros.

A mediados de siglo la España de los Borbones intenta realizar en el área metropolitana y en Hispanoamérica una empresa —cultural y socioeconómica— de Ilustración, con Jovellanos como una de sus figuras más significativas. Se trata de una Ilustración cristiana, con espíritu, raíces y proyectos

de sentido inverso a la Ilustración laicista surgida en Francia y luego expandida —por la fusión del espíritu racionalista con el protestante— a los Estados luteranos de centroeuropa (el prusiano en especial).

Vicente ha estudiado con profundidad y agudeza, como investigador especialista, sobre todo en el periodo más significativamente creador del reinado de Carlos III, esta Ilustración cristiana y el proceso de progresiva y no traumática revolución burguesa que lo acompaña, proceso que no alcanza a culminarse en virtud de los acontecimientos que inmediatamente sobrevinieron.

La Ilustración laicista y antirreligiosa desemboca en la Revolución burguesa anticristiana, francesa primero y luego, a lo largo del siglo XIX, pan-europea.

La Revolución laicista francesa, análogamente a como sucedió después con la Revolución soviética rusa, se organiza y arma como Imperio, y asalta a Europa. Invade a España y la arrasa política y físicamente (además de expoliarla de sus riquezas económicas y culturales). Por pocos años. Pero su espíritu logra, ya desde el principio, arraigar en sectores de la burguesía autóctona y proliferar luego en la sociedad española como ideología asumida por gran parte de la clase burguesa.

El mismo fenómeno se dio, en continuada progresión, en casi todos los países europeos. Y se fue reproduciendo también, uno tras otro, en los diversos Virreinos o naciones de Hispanoamérica. En cada uno de estos, protagoniza el fenómeno la ya constituida clase burguesa autóctona, que se arma con la ideología revolucionaria liberalista. Esta ideología, allí, se engalla presentándose identificada con ideales nacionalistas de independencia y se funde con una pretensión idealista de libertad. Los ideales de independencia nacional y de reforma social que se esgrimen no son sino una transfiguración seduciente de los contenidos del ideologismo revolucionario laicista-francés, que es adoptado por la burguesía de cada uno de los centros urbanos capitalinos creados por los Virreinos y las Capitanías Generales hispánicas.

La Emancipación política (o Independencia política) de las naciones hispanoamericanas tenía que llegar por el mismo esencial dinamismo de la historia. Era básicamente un fenómeno de biología histórica. Cada uno de los diversos Virreinos y algunas Capitanías Generales constituían regiones geopolíticas con suficiente grado de madurez y de autonomía socioeconómica y militar. Contaban ya, además, con una minoritaria clase

dirigente ansiosa de hacerse cargo —y dueña— de los destinos nacionales. Pero la Emancipación de las naciones hispanoamericanas llegó a estas en mal momento y de mal modo.

El proceso de emancipación o de independencia (como se lo quiera llamar, pues es el mismo proceso mirado desde dos convergentes comprensiones histórica) fue de hecho, en su momento histórico, una guerra civil intrahispánica, cargada allí, en América, de independentismo político, pero que reflejaba la guerra civil que vivía simultáneamente la España metropolitana.

Esta siguió sumida en guerras civiles durante el siglo XIX, como igualmente les aconteció a la mayoría de las nuevas naciones hispanoamericanas. A ambos lados del Atlántico, los agentes antagónicos son idénticos o análogos; y los enfrentamientos internos están fomentados, en América como en España, por las mismas potencias exteriores que venían, desde tres siglos atrás, combatiendo a las Españas. Los avatares históricos —políticos, sociales y culturales— del siglo XIX y primer tercio del XX son paralelos en cada una de las nuevas naciones iberoamericanas y en las metrópolis ibéricas.

Los procesos históricos de Méjico y de España, aun con sus importantes diferencias de factores en lucha, son paradigmáticos por su analogía esencial. En España, la Revolución liberalista burguesa y laicista logra imponerse inicialmente a los movimientos populares tradicionalistas. En Méjico, triunfa plenamente al fin, en la tercera década del siglo XX, la Revolución liberalista laicista y burguesa, declaradamente anticatólica, después de una guerra civil en la que sucumbe, por engaño y traición, el amplio movimiento social armado de los cristeros.

Vencido el primer tercio del siglo XX, España soporta el embate expansivo mundial de la Revolución marxista soviética, que se considera a la vez antagonista y heredera —como prehistoria propia que necesaria y dialécticamente la precedió— de la Revolución liberalista francesa. Al igual que ésta, que se armó en Imperio expansivo y promovió a su servicio guerras intrasociales o civiles en los diversos países, también la Revolución marxista se arma en Imperio y se expande con afán internacionalista o mundialista, promoviendo, al modo de los nuevos tiempos, guerras intrasociales o civiles en diversos países; justamente en aquellos que, por sus circunstancias internas o por su situación geocultural, van siendo abordados para constituirlos en bases operativas de su estrategia regional o mundial.

En España se libra, de 1936 a 1939, la primera de las guerras mundiales

de carácter intrasocial o civil provocadas por la revolución marxista en expansión. Las fuerzas revolucionarias internas están formadas por el socialismo marxista mayoritario, por el anarquismo marxista y por el, primero reducido y luego dominante, partido comunista. La guerra fue en definitiva dirigida por el imperialismo, de nuevo cuño, de la URSS de Stalin. Después de la Guerra de España vendría un largo periodo de guerras intrasociales o civiles mundiales, estalladas primero al socaire de la guerra internacional de 1939-1945 y continuadas luego como guerras civiles internacionales desde el mismo año final de la internacional contienda.

La Guerra de España (1936-1939) fue literal y exactamente dramática, porque —sangrienta y heroica, sembrada de millares de mártires religiosos católicos y de innumerables víctimas y destrucciones— resultó, por finalmente victoriosa sobre el imperialismo revolucionario comunista, salvadora de la civilización occidental europea. Fue dramática pero no trágica, porque en la tierra en sangre de España se revelaron ser mito las «científicas» leyes fatalistas que, según el falso científicismo socialista materialista de la «lucha de clases», aseguraban el triunfo mundial infalible de la revolución comunista y de sus estrategias.

El triunfo de la Revolución marxista en España hubiera asegurado la eficacia del asalto ideológico-militar a Europa. Suponía la conquista del flanco suroccidental europeo (España e, inevitablemente, Portugal), conquista que garantizaría el éxito de la penetración marxista en Europa.

Más importante, si cabe, era el que, con la marxistización de España y Portugal, el imperialismo revolucionario de la URSS habría conquistado la vía de penetración decisivamente exitosa en las naciones de Iberoamérica, sobrecargadas de internos problemas sociales e ideológicos. En varias de ellas comenzó de inmediato, al final de la guerra mundial, una guerra intrasocial o civil, planeada específicamente en cada caso pero desarrollada con tácticas análogas a las empleadas en todas las guerras intrasociales o civiles que el imperialismo comunista soviético desató simultáneamente en muchos países del planeta.

Al formidable embate sólo sucumbió Cuba, por las cegueras aunadas del corrompido régimen político interno y de la idiota ingenuidad de Estados Unidos. En función de este peligro surgido ante sus propias puertas, los Estados Unidos se curaron en salud y adoptaron en adelante una actitud activa en las guerras civiles que el imperialismo marxista soviético iba suscitando en otros países hispanoamericanos, desde Centroamérica hasta Bolivia y Chile, etc.

España —sentía, pensaba y enseñaba don Vicente— sigue teniendo en nuestros tiempos una misión universal que cumplir, misión que le reclama el reforzamiento y sobreelevación de su vitalidad interior en todos los terrenos: económico, social, político, espiritual y religioso. Vocación universalista ejercida por España durante toda su existencia histórica.

Desde su surgimiento a la historia, en los dos momentos estelares primarios de su romanización y de su cristianización, y luego a lo largo de todos los siglos de nuestra Era, España fue siempre universalista. Hombres suyos, como Trajano, protagonizaron empresas de romanización en la Europa aún bárbara. La España ya cristiana, y culminada su unidad católica y su fusión social hispanogoda en el reinado de Recaredo, se integró en los empeños de la Cristiandad durante los primeros siglos postromanos.

Se constituyó luego, durante ocho largos siglos medievales, en barrera defensiva de la Cristiandad y de la cultura europeas mediante la contención, activa y progresivamente victoriosa, en la propia tierra hispana, del embate invasor del gnosticismo islámico armado en Imperio.

Lideró, durante los dos siglos renacentistas de su mejor poderío, una doble empresa defensiva: la de la unidad de la Cristiandad europea, frente a la Reforma político-religiosa protestante, disolvente de esa unidad; y la de la salvación de Europa frente a los ataques imperialistas del gnosticismo islámico turco.

Fue protagonista, junto con Portugal, de la expansión de la cultura occidental y de la religión cristiana católica en el continente del Nuevo Mundo, en el continente asiático y en África.

En el siglo XIX, aun ya agotada su fortaleza política, económica y militar, continúa librando las batallas defensivas del universalismo cristiano: primero en su defensa frontal, popular y social ante la Revolución liberalista francesa, armada en imperialismo político por Napoleón; luego en sus agónicas guerras civiles decimonónicas.

Y en los comienzos del siglo XX es consciente de su misión universalista en la lucha a vida o muerte que le viene impuesta, en la propia tierra española, por la Revolución marxista soviética, armada en imperialismo político —europeo y mundial— por Lenin-Stalin.

España sigue hoy, enseñaba Vicente, abierta al futuro, siempre apeli-grada en su identidad nacional-universal, siempre abierta a realizarse en su autenticidad. El futuro de esta España nuestra, de vocación hispanoamericana ante todo, radicalmente europea y esencialmente cristiana, está entregado, como proyecto, propósito y tarea, a las nuevas generaciones.

Las *Conversaciones de Historia de España* fueron primorosamente editadas por Lara, Editorial Planeta, en dos volúmenes de bella impresión y con generosas y sugestivas ilustraciones gráficas de cada momento o evento histórico.

Se leen bien. Los trabajadores jóvenes —obreros, técnicos y administrativos—, a los que están dirigidas y dedicadas, las entendieron bien, aunque en algunos momentos sólo presintiendo la hondura sabia (o científica) de su mensaje. Otras personas, desde las de cultura media hasta las de superior cultura, las leen a gusto y se sienten abiertas a su impacto conmovedor. De todo ello tengo experiencia. Sobre si los «sabios» —los historiadores profesionales— las han leído y sobre su juicio tengo escasas noticias; tampoco las he buscado; y además tampoco las necesito.

He evocado en fugaz síntesis, intentando ser fiel a su espíritu y a su letra (o al menos a su espíritu, pues de la letra me he preocupado poco), el desarrollo de las *Conversaciones de Historia de España* de don Vicente. Mi intento ha resultado más bien una recreación en síntesis; son de mi responsabilidad los aciertos o desaciertos de esta recreación en cuanto a haber logrado ser un reflejo fiel del pensamiento de Vicente.

No me ha sido posible imitar la manera expositiva y comunicativa con que don Vicente las expresaba y las «coloquiaba» con los jóvenes obreros, estudiantes, pescadores.

Sus lecciones coloquiales eran siempre historia viva, atendida a la inspiración de la síntesis científica pero traída de continuo al presente creador de futuro. Eran lecciones alegres, simpáticas. Interpelantes: en cualquier momento se dirigía a uno de los asistentes en concreto o respondía a una concreta interpelación de alguno de los jóvenes participantes.

Eran también «con-vincentes» en el sentido de la «etimología» guasona, inventada por sus más cercanas personas, que relacionaba a «don Vicente» con su íntima y siempre jovialmente aceptada capacidad «convigente». Esta fuerza de convencimiento se debía a las cualidades de su comunicación: sus lecciones y su conversación eran de una sugestiva claridad y estaban naturalmente cargadas de persuasivas incitaciones, de sugerencias de problemas; resultaban siempre inspiradoras de resoluciones activas.

Así, viviendo como en juego los problemas más serios de la vida y ahondando en seriedad hasta las más triviales circunstancias, medios y situaciones vitales, don Vicente —como lo llamaban habitualmente millares de

jóvenes— iba empujando la vida social a realizarse en un estilo de vivir esencialmente joven. Avivando la resolución de juveniles grupos sociales a impregnar de futuro esperanzado —traído ya a realidad de proyecto y decisión presente— la vida española. Así actuó desde los primeros años de su acción pública hasta los últimos de su vida, cuando en la sociedad «hecha» o cansada aparecían ya factores que amenazaban con anestesiar y esclerosar, y hasta corromper, la nación española.

El Colegio Universitario y el Instituto Politécnico de La Rábida

Vicente Rodríguez Casado era, por su alma de historiador, un atisbador del futuro. Y por universalista, era concreto, arraigado en la tierra y en las comunidades sociales locales.

Había que preparar nuevas generaciones reciamente humanistas, penetradas de una lúcida consciencia histórica, capacitadas para trabajar creadoramente no sólo en el campo de las Humanidades sino especialmente en el de las tecnologías a todos los niveles, desde los inferiores de especialización ejecutiva hasta los superiores de las ciencias técnicas avanzadas.

Como siempre, actuó biológicamente: sembrando la semilla. Luego ya se crecería esta en árbol y se cargaría de frutos. Había que elegir la tierra. Eligió la de sus amores, la onubense, y, más en concreto, la de Palos y Moguer, y de esta la que fue el corazón del universalismo de España: la plácida tierra franciscana de La Rábida.

He sido demasiado retórico para describir su directa y sencilla decisión de realizar en los terrenos de La Rábida, junto a la ya pujante Universidad Hispanoamericana de Santa María, la siembra de la semilla de una Universidad que sirviera para cumplir ideales de formación superior en el estudio de las Humanidades, de la Historia y de las Técnicas. Crea así, en nuevos edificios siempre de construcción modesta pero a la vez sólida, de buen gusto y de ambiente acogedor, el Colegio Universitario y el Instituto Politécnico.

Los recursos económicos vienen esta vez de la Confederación Española de Cajas de Ahorros y de la Caja de Ahorros de Huelva, que patrocinan la empresa. Recaba recursos también de otras instituciones. Mariano Navarro Rubio es cooperante, mentor y coinspirador de Vicente en la nueva aventura.

La semilla arraiga. Jóvenes profesionales, bien seleccionados por su valía,

procedentes sobre todo de Sevilla pero también de otras zonas españolas, desempeñan las habituales tareas docentes. Para reforzar estas nos convoca además, de vez en vez (y gratis, claro), a catedráticos universitarios y personalidades de la cultura y de otras áreas de actividad pública.

Recuerdo el ambiente grato, animoso y selecto de aquella muchachada, que, en los inicios, procede casi en su totalidad de Huelva y pueblos aledaños. El ambiente era el mismo que se vivía en los Cursos de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida. Tenía, como siempre, el sello personal de don Vicente. Tuve ocasión de comprobarlo en las intervenciones de docencia que Vicente me pidió. También me exhortó, como a otros, a que dejara la Universidad de Sevilla y me trasladara a las nuevas instituciones docentes rabideñas. Circunstancias personales no me lo permitieron.

La empresa se desarrolló creciéndose, como todo lo vivo, progresivamente y a su tiempo, mientras España estaba viva. Caminaba a constituirse como Universidad. Cuando, por causa de la política de «transición» —desembocada pronto en política estatalista socialista—, sobrevino el achatamiento oficial y generalizado de los ideales de proyección histórica de España, el Colegio Universitario y el Instituto Politécnico fueron absorbidos por el Estado. Pasaron a engrosar el magma gris de lo estatal-autonómico. Recientemente se ha creado, sobre la base de la mediocridad característica de la actual inspiración oficial, la Universidad de Huelva. Es una Universidad más, integrada como otra cualquiera en el masificado conjunto de Universidades —todas ellas desniveladas hacia abajo del horizonte histórico— entramado por la geopolítica estatal de las autonomías.

España había entrado en un alarmante desmayo socioeconómico-político-cultural operado por la política de «transición». El desmayo avanzó después, por el despulsamiento a que sometió al pueblo y a la nación la nueva y mediocre clase política, hasta el estado de semicomuna nacional en que nos encontramos. Pero ya en el periodo de pre-transición España había empezado a perder el pulso.

Vicente, con sus empresas, fue víctima de este inicial fenómeno. Los políticos del momento «pre-transicional» desmontaron numerosas instituciones que habrían podido seguir sosteniendo vivo el espíritu de la nación. Descabalaron, casi siempre con procedimientos arteros, a muchos de los caballeros que animaban los ideales, la cultura y la conciencia histórica de España.

En ese período de pre-transición, en el inicial despulsamiento de la vida española, la Universidad Hispanoamericana de La Rábida fue desmantelada en su estructura; la desmocharon de sus ideales fundacionales, durante tantos años vivientes y activos; quedó reducida a ser una Universidad de Verano más.

La operación se realizó, en los momentos políticos «pre-transicionales», mediante la previa eliminación, en 1973, de Vicente como Rector y alma fundadora y animadora de la ya vieja, pero permanentemente joven, Universidad Hispanoamericana creada en momentos estelares de la España contemporánea.

Viajes a Hispanoamérica. Universidad de Piura

Vicente era un hombre intuitivo, de casi siempre certera intuición en lo cotidiano y concreto y en lo referente a las personas, y de siempre certera intuición, por su alma de historiador, de los horizontes de futuro.

Ya varios años antes de que el paletismo político le segara la hierba bajo sus pies, Vicente inició sus viajes a países de Hispanoamérica. Daba conferencias; desarrollaba ciclos o cursos breves; participaba en coloquios, reuniones y mesas redondas.

En los diversos lugares era cordialmente acogido y visitaba instituciones universitarias, culturales, sociales. Y sobre todo, trataba y convivía con sus amigos de allá, que los tenía numerosos en las diversas naciones, en la mayoría de los casos por la amistad cobrada en la convivencia humana, cultural y científica durante sus estancias en Sevilla, a donde venían, como investigadores ya prestigiosos unos, como jóvenes investigadores otros, becados gran parte de ellos, a trabajar en el Archivo de Indias y en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Además, bastantes de esos amigos habían vivido en la Residencia de la Escuela o participado en la Universidad de La Rábida. La gran mayoría de ellos seguían siendo, o habían accedido ya a ser, personalidades de la Universidad, la cultura, la política o la acción social de sus respectivos países.

En la idea, y luego en la realización, de sus viajes hispanoamericanos, Vicente conjuntaba en una las diversas dimensiones de su siempre entrañable humanidad: la amistad ante todo, que le hacía sentirse íntimo y como en casa propia dondequiera pusiera los pies; la alegría del encuentro con paisajes naturales y humanos que él ya preconocía desde su alma de estu-

dioso de la historia pasada y presente de los diversos países y por su talante de amigo confraternizador con las numerosas personas iberoamericanas que había tratado; la honda vivencia universalista de lo hispánico que veía allí físicamente encarnada en razas, pueblos y diversidades geográficas, en nacionalidades múltiples; etc.

Y a hacer aquellos periplos le movía también, cantándole ya por dentro, el afán de encontrar en aquél Mundo Nuevo ámbitos en los que estrenar vida joven cuando se produjera, como intuía, el colapso desmantelado y distorsionado del impulso vital joven de la vieja España, impulso que él mismo, junto con otros muchos de su generación, habían protagonizado, reforzado y sostenido.

Perú fue la nación hispanoamericana más visitada por Vicente en aquellos viajes. No sabría yo describir los motivos que posteriormente le llevaron a elegirla como ámbito personal de acción en sus últimos años.

Hay una circunstancia que podría explicarlo, seguramente junto a otras. En Perú, y concretamente en Piura, el Opus Dei había creado una Universidad. En ella Vicente se sintió a gusto, y hasta a sus anchas. Era Piura una zona geográfica y social hasta entonces desamparada por la acción estatal u oficial. Una bullente juventud indígena y mestiza (chola) y en buena parte también criolla encontró —y sigue encontrando— en la nueva Universidad de Piura un ambiente dinámico de formación humana y cristiana, de elevación cultural y de promoción personal y social.

La Universidad de Piura le ganó a don Vicente, de inmediato, el corazón. Aun antes de que el nuevo oficialismo político español lo separara de sus tareas universitarias en España y, más hondamente, le negara tierra a sus raíces espirituales al pervertir su mundo vital histórico (el que él y los de su generación habían forjado con ilusión siempre insatisfecha pero nunca desfalleciente), Vicente ya había comenzado a desempeñar su trabajo de profesor y de animador científico y vital, durante periodos semestrales, en Piura. Más tarde invirtió el centro de gravedad de su vida activa: lo puso en Piura, y varios meses del año los dedicaba a España.

En Piura don Vicente estrenaba juventud. Para él, desde los inicios de su protagonismo científico y cultural, el vivir era esencialmente un permanente recomenzar juventud, estrenar, en horizontes y proyectos nuevos, sus persistentes ideales creadores.

En Piura reestrenó también su vocación docente e investigadora de historiador. Era ahora, la Historia que pensaba, enseñaba y escribía, una his-

toria de procesos humanos esenciales, vivos por históricos, y, también por históricos, entrañados en el presente y cargados de impulso forjador de futuro.

Su docencia de Historia era profunda, pero de honda sencillez esencial, y por ello seguida con comprensión clara por aquellos jóvenes, muchos de ellos de aún no alto nivel científico. Pues Vicente tenía, como por naturaleza —lo hemos hecho notar en páginas precedentes—, el don de hacerse entender diciendo lo más difícil y hondo en lenguaje de juventud.

Pero su acción con los jóvenes estudiantes y con los colegas era aún más viva y penetrante que la docente, tanto en su fondo como en sus maneras, en el trato personal y en la convivencia directa, formadora de hombres, animadora y despertadora de ideales de vida y de trabajo.

Intentó, con sus siempre convincentes sugerencias, que nos incorporáramos a Piura, o de modo permanente o en periodos docentes como profesores invitados, personas que él consideraba aptas para hacer real el espíritu de la joven Universidad y el suyo propio, pues los vivía ya identificados. Lo consiguió de algunos. Yo personalmente, pese a sus cordiales y repetidas insistencias y a mi comunidad íntima de espíritu con Vicente, no pude acceder a sus deseos.

En la Universidad de Piura publicó sus últimos estudios históricos. Sus penúltimos, mejor dicho, pues tenía otros, surgidos bajo la misma inspiración de historiador maduro, en curso de redacción más o menos avanzada cuando le llegó su muerte.

La que expone en sus clases y en sus libros de Piura es ya una historia, y una visión de la historia, adensada, de hondos horizontes, esencial. Y, por el íntimo clamor de lucidez científica y vital que la anima, operativa en las almas de los alumnos y, también, en la de los colegas que alcanzan a comprender su manera. Me refiero a los historiadores que se salvan de perderse en dos frentes de peligro deshistoriador: el especialismo dispersador y el ideologismo; el especialismo, tan valioso de por sí, se realiza frecuentemente como anatomía de partes muertas del cuerpo vivo de la historia; el ideologismo, tan extendido y vigente hoy, y siempre cambiante al son político-cultural que tocan, resulta siempre inspirador de desquiciantes interpretaciones globales y pseudocientíficas.

En los últimos estudios históricos de Vicente se vislumbra ya una visión, como diría Spinoza, *sub specie aeternitatis* del acontecer histórico, y en especial del bullente, nervioso, turbulento y episódico acontecer de nuestra historia «contemporánea» —la así llamada, la que desde los avatares

enloquecidos y destructores del siglo XIX desemboca en los avatares trágicos y aniquiladores del siglo XX—. Pero la Providencia, en el pensamiento del historiador Vicente Rodríguez Casado, es Dios vivo y operante en la historia humana de hoy como en la de los más lejanos antaños; y la esperanza es la virtud, esto es, la capacidad y resolución humano-divinas de hacer realidad, en el progresivo presente y en el futuro a la mano, el bien y la verdad y la belleza que subsisten vivas, con soterrada eficacia siempre emergente, en los pueblos y culturas de la tierra, y específicamente en los pueblos hispánicos que llenan el Continente de la Esperanza.

La Asociación de la Rábida

Cuando todavía la Universidad de La Rábida estaba en pujante actividad, ya de tiempos madura pero siempre joven, don Vicente, por sí y reclamado por la presión cordial y motivadora de sus jóvenes colaboradores, acertó a ver que había que afrontar, cara al futuro, dos proyectos en uno.

Por una parte, la Universidad de La Rábida había creado, a lo largo de veinticinco años, una serie de promociones de hombres penetrados, unos más otros menos, del «espíritu rabideño». Con esta expresión familiar y cariñosa gustaban muchos evocar aquello, tan difícil de definir como hondamente sencillo y concreto, que sentían serles común después de su paso por La Rábida: el espíritu de sana humanidad, de abierta libertad, de actitud universalista, de afán creador, de resolución hacia ideales de acción y de trabajo... Se trataba de hombres y mujeres que, en edades aún jóvenes o ya maduras, andaban actuando, dispersos en variadas tareas profesionales, a lo largo y ancho de la geografía nacional e internacional. Todos los cuales reclamaban, expresiva o silentemente, de maneras múltiples, un cauce de conexión y de comunicación permanente.

Por otra parte, era, además de sugestivo, necesario mantener operativo y creciente el temple de creación de futuro abierto—tan peculiar del «espíritu rabideño»— en las generaciones nuevas. Había que arbitrar el modo de lograr este objetivo en las promociones que habían pasado por la experiencia, tan conmoviente siempre y tan resolutiva a ideales muchas veces, de la Universidad de La Rábida, promociones a las que se unían ya las de los Ateneos Populares y las más recientes del Colegio Universitario y del Instituto Politécnico. Había que abrir las puertas de incorporación al espíritu rabideño, activista y siempre innovador, a las jóvenes generaciones de profesionales que, en la amplia gama de niveles sociales, iban surgiendo en panoramas y circunstancias nuevos.

Había además que abrir cauces de acción del espíritu rabideño en modos de plena autonomía social y jurídica y en nada dependientes de los estructuras estatales y de las contingencias políticas.

Se preveía así el futuro en dos aspectos: el de autonomía e independencia plenas respecto a condicionamientos oficiales, y el de libertad, afirmativa de la identidad propia, cara a las posibles mutaciones —que, dolorosamente, don Vicente intuía— de las circunstancias políticas españolas.

Para todo ello surgió la Asociación de La Rábida. Estaba abierta, ya de inmediato, a los hombres y mujeres «rabideños», esto es, a aquellos que en tiempos más o menos cercanos o remotos habían vivido la experiencia vital de la Universidad de La Rábida o de las actividades a ella conexas por surgidas del mismo impulso.

Objetivo: no el mero mantener vivo un recuerdo, sino el de proyectar operativamente el común y pluralista espíritu hacia los tiempos nuevos. La Asociación de La Rábida estaba además específicamente abierta, con entrañable y ambiciosa aspiración, a la incorporación de los hombres y mujeres, especialmente los jóvenes, que, mediante la actividad animadora de la Asociación, fueran siendo motivados por el siempre innovador espíritu peculiar de La Rábida.

La Asociación tuvo su primera sede directiva, durante años, en un edificio de La Rábida, junto al de la Universidad y cercano al viejo Monasterio que fue corazón espiritual del proyecto histórico del Descubrimiento de América.

Cuando el paletismo político de la «pre-transición» política española vació de don Vicente y de su espíritu y de su vitalidad creadora a la Universidad Hispanoamericana y a su entorno, la Asociación levantó el vuelo de aquellos entrañables lugares y siguió organizada en la capital de España.

Se intensificó entonces, y apremiantemente, el mantenimiento vivo y, por ello, el activo desarrollo de su doble perspectiva fundacional. En la Asociación nos integramos, o al menos nos sentimos moralmente integrados, la mayoría de los que, como alumnos o como profesores, o como, sucesivamente, primero alumnos y luego profesores, habíamos vivido el «espíritu rabideño» y seguíamos manteniendo vivientes en nosotros sus ideales de universalismo, de comunidad histórica hispanoamericana y de activa disposición a asumir los avatares de los tiempos presentes y a crear desde ellos un futuro arraigado en nuestra cultura hispánica y europea y cristiana. Todo ello mediante la incorporación a ese espíritu de las nuevas pro-

mociones jóvenes de hombres y de mujeres, conforme al estilo de juventud que don Vicente entrañó en todas sus empresas.

La Asociación de La Rábida continúa las mismas actividades de la Universidad de que nació, pero embebidas, ahora, en las nuevas formas de acción, que son, por una parte, las que traen o sugieren los tiempos y, por otra, las que se acomodan mejor a su carácter de asociación libre y autónoma en nada vinculada a condicionamientos estatales ni a subvenciones oficiales ni a influencias políticas partidarias.

La Asociación organiza convivencias para jóvenes profesionales, hombres y mujeres a todos los niveles de juventud, desde estudiantes universitarios hasta ya profesionales directivos o ejecutivos de las diversas actividades sociales, económicas, periodísticas y medios de comunicación, etc.; así como reuniones interprofesionales, según los temas y objetivos.

Las convivencias organizadas por la Asociación recrean, en lo humano y en lo espiritual, el mismo ambiente de compañerismo, camaradería, libertad, comunicación mutua y trato personal que tenían los Cursos de la Universidad de La Rábida y las actividades de los Ateneos Populares. Revisten, claro está, formas técnicas diversas, según las cuestiones y objetivos propuestos y según el carácter de los participantes: son Jornadas, o Encuentros, o Seminarios, o Cursos Universitarios, etc. Abarcan toda la gama de las cuestiones vivas, por su actualidad en el momento o por la incidencia de su importancia histórica o por su relevancia esencial en las circunstancias actuales: son cuestiones culturales, económicas y sociales, universitarias y docentes, jurídicas, humanistas, de acción social, de problemas con proyección universalista (europea, iberoamericana, mundial), etc.

La Asociación de La Rábida fomenta el fortalecimiento libre de la sociedad frente al Estado, porque la sociedad está más allá o, si se quiere, más al fondo que el Estado en la naturaleza personal y comunitaria del hombre. Por ello, la Asociación coordina en unos casos y promueve en otros muchos la acción, creación y animación de Asociaciones Culturales Universitarias al margen de lo oficial, cada una con su personalidad propia, con sus actividades autónomas, con su peculiar cariz institucional (Ateneos, Asociaciones de variadas denominaciones, etcétera).

El desenfado organizativo, la espontaneidad de los coloquios que siguen a las conferencias, el espíritu libre de las sesiones de trabajo en grupo, las informales tertulias que jalonan los días, la expansividad de tenor joven en las reuniones, excursiones, visitas culturales y actos sociales, etc. son carac-

terísticas siempre presentes en esta multiforme proliferación de afanes de acción y de formación, de reforzamiento de la propia libertad y de proyección a fortalecer la libertad del otro.

El corazón de La Rábida de antaño, la del paisaje luminoso, campestre y marino y universalista de la Universidad madre, corazón animado de continuo por la afluencia de nueva sangre joven, sigue latiendo, con su recio bombeo vital, los tejidos del cuerpo social hispano.

La Asociación seguirá extendiéndose en su imparable proyección a los ambientes populares y obreros y conectará, como ya lo ha hecho con Portugal, con la vida joven de los diversos pueblos de la América iberoamericana, el ámbito mundial donde se cifra la esperanza de la humanidad inmediatamente futura.

Don Vicente sigue siendo, como siempre, durante los primeros años de la Asociación de La Rábida, el jefe y el alma. La forma jurídica bajo la cual es en la Asociación lo que siempre ha sido de hecho en todas sus empresas, es ahora la de Presidente (y pronto ya Presidente de Honor). En todos los casos es el líder cuya inspiración —que es permanente— siempre se sigue y cuyos mandatos —que raramente formula— siempre se acatan. Es, ahora como antes, el hombre cuya más eficaz táctica de acción organizativa, proyectiva y realizadora es la de crear un riguroso temple de libertad y de autónoma responsabilidad en los gestores de las diversas tareas directivas.

Durante los que serían sus últimos años en la tierra, don Vicente vive mitad en América (Piura sobre todo), mitad en España. Aquí asiste numerosas veces a las múltiples y diversas convivencias, jornadas, cursos, seminarios, encuentros, etc. que promueve y organiza la Asociación de La Rábida. Participa como profesor o ponente en muchos de ellos. Su capacidad de adaptación —de como «compenetración»— con los públicos jóvenes sigue, igual que en los tiempos pretéritos, viva y siempre renovada cara a los nuevos problemas, las nuevas situaciones, el inédito estilo con que los jóvenes estrenan ahora su proyección vital.

Y sobre todo, como manera consustancial con su alma, convive en íntimo trato, sugestivo, incitador y elevador, con los que participan en las jornadas: con los colegas, muchos de los cuales fueron, directa o indirectamente, rabideños de los pasados tiempos, y más, y especialmente, con los jóvenes universitarios, periodistas, economistas, empresarios, profesores, historiadores, etc.

Personalmente me gusta evocarlo en la memoria conforme lo vi en las ocasiones que tuve de participar en tales encuentros. Casi patriarcal por su

presencia animadora, como en sus mejores años antiguos, de las actividades y tumultos jóvenes; siempre sonriente y con frecuencia riendo con su característica carcajada alegre, breve y espontánea; catalizando, en sus charlas individuales o con pequeños grupos de asistentes, inquietudes creadoras; suscitando visiones de historia viva en rápidas síntesis que conmueven hacia el futuro. Me gusta recordarlo ejerciendo con la natural y simpática sencillez de su alma de niño grande su condición de persona respetada y querida por todos; pues a don Vicente todos le tienen un respeto alegre, que crea cercanía, intimidad, por ser un respeto penetrado de cariño y confianza.

Siempre con los jóvenes

Los que serían sus últimos años en la tierra Vicente los vive entre América y España. Aquí va siendo progresivamente más alma (más intensamente presente y animador, pero menos advertible) de la continuidad de los movimientos de juventud que ha creado y sigue impulsando. En América, centrado en Piura, conforme a su modo universalista de arraigo humano concreto y local, continúa reestrenando juventud activa, ahondando vitalmente su visión de la historia hispánica y universal.

Para su intimidad más espiritual reserva cada año una de las convivencias que el Opus Dei organiza, de continuo, en múltiples lugares de la geografía española. Vicente acostumbra a preferir las que tienen lugar, en los comienzos del invierno, en las tierras soleadas de su Andalucía occidental. Casi siempre en Jerez de la Frontera, en Pozoalbero.

Vicente elige las convivencias en las que los participantes son mayoritariamente jóvenes, aunque le gusta también —achaques acaso de las nostalgias de su juventud— la presencia de algunos viejos compañeros y colegas de sus tiempos primeros.

Para describir el fenómeno, tan humano-divino, de estas convivencias últimas de Vicente, y hacerlo intuitivamente cercano a la comprensión espiritual y humana, lo relataré en forma de anécdota por mí vivida.

En los diciembres de cada año venía a Pozoalbero, junto a Jerez, a una convivencia que tenía las características conformes a sus deseos humano-espirituales más entrañados. Y yo ya lo sabía: me llega la convocatoria de Vicente. Imposible negarse a los deseos de «Vicentón» o «el Gordo», como, al modo de una guasona intimidad, de la que siempre Vicente se reía, le

llamábamos a veces sus más íntimos. Yo me ponía a sus «órdenes» (¿cómo no?, las insinuaciones de Vicente eran siempre «con-vincentes») durante un día entero. ¿Para qué? Para hacer lo eternamente nuevo: unas cuantas conversaciones íntimas en las que intercambiábamos nuestras reflexiones, puntos de vista, análisis de presente y proyecciones de futuro. En ellas, como en otras antiguas de nuestra, ya larga en años, íntima fraternidad de espíritu, llegaba yo algunas veces incluso —lo digo en honor mío— hasta a convencer a Vicente, de siempre invulnerable en sus resoluciones, respecto a algunas cuestiones o asuntos.

Vicente y yo éramos tan distintos que, por intimidad y por avatares de la vida mancomunadamente vividos, nos sentíamos identificados. Se ponía «triste» —con una tristeza que nunca disimulaba ser alegre y hasta jocosa— cuando yo «todavía» no había leído un libro suyo que me había enviado. En su entrañable humanidad, enviar un libro suyo a un amigo íntimo era, para Vicente, como escribir una carta personal cuya lectura uno no puede demorar.

El programa de su propósito al convocarme para el día entero, se cumplía sobre todo en otros de sus aspectos. Uno de ellos era una gran tertulia general con los participantes en la convivencia. Se trataba de una tertulia de curso y forma original, como casi todas las de Vicente: comenzaba siendo una interpelación, alegre y movida, múltiple y variada, por parte de muchos de los presentes, que incitaban a don Vicente o a mí a «mojarnos» respondiendo a diversas asuntos o recuerdos; y acababa siendo una discusión chispeante, cara al «público», entre él y yo, llena de «agresiones» mutuas, de evocaciones comunes y de revelaciones «íntimas», rememoradoras de tiempos viejos y nuevos de nuestra vital aventura intelectual, social y, sobre todo, espiritual. Los participantes en la tertulia reían las más de las veces o se concentraban, algunas, en un breve silencio tenso, al son de las cuestiones surgidas y de las ocurrentes expresiones de los públicamente «discutidores».

Pero en las palabras de Vicente —y en las mías también, a su zaga, por qué no declararlo— había siempre una intención operativa. Cuanto Vicente decía, amable o incisivo, iluminador o inquietante, eran flechas certeramente dirigidas al corazón de los participantes en la tertulia —jóvenes la mayoría, desde veinte a treinta y pocos años—; flechas o dardos que daban en el blanco de los asistentes «preguntadores» o «incitadores» conmoviéndolos a recuerdos entrañables o a decisiones interiores o a proyectos de vida.

Después, ya se sabía: excursión con un grupo de joven muchachada a algunos de los bellos lugares costeros o de los pueblos blancos de tierra

adentro. Se hacía una parada en cualquier local de sabor popular y de sabrosas tradiciones de productos de la tierra o del mar. La tertulia seguía, durante el viaje y en las reuniones de parada, incansable, en todo joven, pues hasta los viejos recordamos que, cuando jóvenes, éramos, como estos de ahora y como los que seguirán después, incansables. Don Vicente no se cansaba. Revivía, animosamente expresivo, jovial y siempre animante, en cada una de las excursiones. Yo, a mi estilo, me olvidaba de mis años y de mi cansada biología y sólo al volver, ya disuelta la animada convivencia excursionista, me acordaba de que había acumulado un cansancio excesivo.

Homenajes

Inevitablemente le llegaron a Vicente los honores de homenaje de la amistad, que evocaban un pasado de méritos propios y de agradecimientos de quienes le habían acompañado a lo largo de muchos años de aventura vital y también de las nuevas promociones jóvenes que bebían de las aguas tonificantes de su espíritu, fluyentes en su incidencia actual por los cauces de las empresas nuevas que en él se inspiraban.

La Asociación de La Rábida promovió la publicación de un libro colectivo de trabajos en su honor. En el amplio salón de un restaurante madrileño nos congregamos viejos y jóvenes en una comida de homenaje precedida de gratos reencuentros y conversaciones y seguida de emotivas intervenciones oratorias. Había allí una nutrida representación de las más variadas profesiones y de los más diversos protagonismos públicos: algunos que fuimos, desde antiguo, colegas y amigos de Vicente (catedráticos, ex ministros, intelectuales, escritores, etc.); otros que, ya accedidos ahora a altos cargos (en la Universidad, en la cultura, en el Tribunal Constitucional, etc.), habían participado en sus años jóvenes de las actividades de don Vicente como alumnos de la Universidad de La Rábida o como discípulos de su docencia universitaria; hombres y mujeres jóvenes en el inicio de su ascensión profesional y social; estudiantes y muchachos u muchachas de recién estrenada juventud, ya incorporados a las tareas rabideñas; etc. Aunque numerosa y nutrida, la concurrencia de personas procedentes de diversas regiones españolas era sólo en pequeña parte representativa de las amplias oleadas de amigos y colaboradores que Vicente había ido despertando en torno suyo a lo largo de los años. Muchos de los que no estuvie-

ron físicamente allí se hicieron presentes en espíritu mediante mensajes entrañables.

Los oradores fueron consumiendo sus turnos: eran ilustres personalidades unos, valiosos intelectuales otros, y, claro está, jóvenes entre los cuales figuraban algunos incorporados a la Asociación de La Rábida hacía breves años y otros tan recientes que estrenaban por entonces «espíritu rabideño».

La España oficial (quiero decir, la España política vigente en el poder) aportó, sin pretenderlo, además de algunos ilustres rabideños presentes a título personal, el mejor de los homenajes que podía hacer a Vicente Rodríguez Casado: silenciar cuanto a él se refiriera. Ni siquiera la Universidad de Sevilla hizo el más leve gesto o signo de homenaje. Ni aun, y ya es decir, la misma Universidad de La Rábida, regida públicamente en los ya despusados tiempos españoles por gentes que aspiraban a anular la memoria de los orígenes de la Universidad rabideña y de su pasado y de sus más brillantes años de prestigio creador.

Pero se produjo en cambio, y para mejor (pues decir «en mejor» supondría alabar en algo la pequeñez de espíritu de los mediocres protagonistas de la nueva vida pública española), una como «rebelión popular». Su anuncio me llegó a mí por una de sus protagonistas, María Teresa García-Izquierdo, antigua rabideña, hija de Pablo, Alcalde de Moguer en los años fundacionales de la Universidad, del que en páginas anteriores he hablado. Los actos en Madrid les habían resultado lejanos a los onubenses, moguerenos y sevillanos, y, pese a que en ellos estuvieron presentes numerosas personas representativas del área andaluza, fueron inaccesibles para las gentes populares de las tierras rabideñas, hispalenses, onubenses y de Andalucía occidental en general. Palos de la Frontera y Moguer no podían olvidar todo lo que don Vicente había hecho para su promoción social y cultural a lo largo de muchos años. Lo mismo les sucedía a muchas gentes de Huelva. E igual a otras muchas de Sevilla: hombres y mujeres que en sus años jóvenes fueron protagonistas activos de la acción rabideña y de la promoción universitaria e investigadora realizada por la Universidad y por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

Arrancando del impulso popular de Palos y Moguer, y del de universitarios y universitarias «rabideños» que seguían arraigados en Huelva o en Sevilla o en diversas provincias andaluzas, se organizó un homenaje popular en las tierras de La Rábida.

La Alcaldesa de Palos de la Frontera había demostrado, y seguía —y sigue— demostrando ser una verdadera líder popular, abierta a los mejores horizontes y agradecimientos. El pueblo de Palos, con muchos ciudadanos de Moguer, protagonizó el homenaje verdaderamente popular. En este iba incluido el acto de la titulación oficial de «Vicente Rodríguez Casado» dada al Instituto Público de Formación Profesional de La Rábida-Palos de la Frontera, título oficial que la Alcaldesa y el Ayuntamiento de Palos de la Frontera, por su propio dinamismo, consiguieron que las autoridades estatales y autonómicas otorgaran. En la iglesia del Monasterio de La Rábida, cabe la Virgen de los Milagros, testigo e inspiradora de antiguas y recientes gestas, hubo una multitudinaria misa popular con música litúrgica rociera. Y en el Parador de La Rábida (el que fue durante los primeros años fundacionales de la Universidad de La Rábida lugar para los desayunos, comidas, cenas y reuniones de los primeros profesores y alumnos) nos reunimos la multitud de asistentes, los que, aunque apretujados, pudimos tener acceso al amplio local. La mayoría de los participantes en el homenaje popular celebraron el almuerzo de homenaje al aire libre.

Los edificios oficiales de la Universidad de La Rábida se mantuvieron cerrados a los actos en todo momento.

Estos actos de homenaje, tan entrañablemente popular y tan organizadamente desorganizados, que reiteraron, acaso sin pretenderlo o saberlo, el permanente estilo organizativo de don Vicente, llenaron todo el día. Y, por su espiritualidad espontánea popular (gente de los pueblos, universitarios, antiguos ateneístas y profesores y personalidades, juntos sin distinción), lograron esta vez conmover a don Vicente. La invisible emoción le afloró al rostro del sentimiento de forma sutilmente detectable, al tenor de su carácter secreto, aunque de siempre constitutivo, de niño-grande, de hombre sensible a la ternura peculiar de todo lo auténticamente humano. En un momento de intimidad, inmersos en aquel alegre barullo al final de los actos, me musitó: «He visto que me quieren, que me siguen queriendo.» Yo le respondí con una sonrisa.

La juventud de la muerte

Vicente seguía su vida siempre animosa. Salvo leves rasgos, en los que se detectaba que ya no tenía una tan dinámica movilidad física como hasta recientemente, la viveza de su carácter seguía plenamente expresiva en su

invariable rostro de niño-grande, en su risa expansiva, en su disponibilidad, física y espiritualmente rápida, para todos.

Se hizo, en algo, aunque casi de modo innotable, avaro de su tiempo para tener horas de estudio y de escritura, en las que decantaba sus conocimientos históricos y su experiencia de la vida que le ayudaba a comprenderlos. Tenía su estudio recoleto en la vieja casa familiar del barrio de la Moncloa. Su vida privada estaba arropada por el cariño de sus hermanos del Opus Dei en el hogar cercano de una casa o centro de la Obra. Sus actividades y movimientos estaban apoyados y cariñosamente atendidos y resueltos, hasta en la disponibilidad de un pequeño automóvil, por la Asociación de La Rábida, dinamizada por Fernando Fernández, esto es, por la misma juventud que él había formado y que lo amaba.

Algunos tratamos de persuadirle para que suspendiera sus estancias de docencia, estudio y activismo formativo en Piura. Lo hacíamos movidos por razones de lo que pensábamos ser elementales cuidados preventivos de salud, pues aquellos viajes y prolongadas estancias anuales, tenían que ser, por los traslados, cambios de climas y tensiones activas, desgastadores de la vitalidad, especialmente la del corazón, aun para organismos biológicamente jóvenes. Pero tal pretensión nuestra era inútil. Don Vicente tenía su corazón allí donde tenía su tesoro de ilusiones de juventud siempre nueva y estrenada, ilusiones de una esperanza realista radicalmente inmarchitable.

Cada año se acogía a la serenidad de espíritu y de alma, en silencio y paz abiertos a Dios, de un Curso de Retiro Espiritual de los que el Opus Dei organiza durante todos los meses del año en todas las regiones de España, como en las de otros múltiples países. Y de modo igual se incorporaba cada año a alguno de los Cursos Anuales de Convivencia que el Opus Dei desarrolla en todo tiempo y en diversos lugares de numerosas naciones. Son convivencias que tienen lugar de ordinario en gratos ambientes abiertos a la naturaleza y alejados del ajetreo urbano. Convivencias de varias semanas de duración en las que el descanso se aúna con actos de formación espiritual, teológica y cultural y con alegres tertulias familiares y excursiones a los lugares de la naturaleza o de la cultura cercanos y más motivadores para el recomienzo anual de la vida —humana y sobrenatural o espiritual— del trabajo creador.

Vicente elegía las convivencias en las que predominaba y daba el tono vital la gente joven. En una de ellas, esta vez lejos de las tierras andaluzas, ahora en las de Castilla, le llegó la juventud de la muerte.

Vivía Vicente en aquella convivencia días de compenetración, siempre incitante a ideales, despertadora de inquietudes y sembradora de buen humor, con la gente joven participante.

Una noche, en el silencio de Dios, su corazón, tan siempre animoso y joven, se cansó de mantener con sus latidos aquel corpachón físico de bullente vitalidad; se cansó sobre todo, pienso, de animar por tan largos años con sus latidos una actividad vital siempre irrenunciablemente joven. Se lo encontraron muerto en la madrugada, cuando fueron a avisarle del día.

Cuando me llegó la noticia —yo estaba geográficamente lejos—, me dirigí a Vicente, viviente ya en el cielo de Dios, y le dije: No sé si estabas dormido o despierto cuando te moriste, pero sí sé que en el momento sin tiempo de la muerte renacistes a una estrenada juventud eterna.

Vicente, tan hondamente cristiano, tan vocacionalmente abierto y entregado a Dios, sabía y vivía la verdad de que «la vida no se pierde, sino que se cambia» y que en este cambiar o mudarse a una manera de vivir eterna estriba la verdad de la muerte. Esta es, en su primera fase o aspecto, acabamiento biológico-material, pero a la vez, en simultánea y solidaria cara, renacimiento del hombre a una nueva vida-intimidad del alma, del espíritu.

Vicente estrenaba su —ya ahora definitiva y eterna— juventud. Desde el cielo mira, conforme a su estilo, con ojos de siempre joven eternidad, la tierra y la historia de la tierra. Y su herencia nos tiembla con alegre reclamo a los que fuimos sus amigos. Y sobre todo a los jóvenes que fueron sus amigos y a los que lo son y a los que lo serán: a los jóvenes que llegaban año tras año, en oleadas, a las playas de su vida y de su influencia; a los jóvenes, que siempre son, aunque otros, los mismos —según Vicente sentía— protagonistas del futuro, esto es, de la realización de la esperanza en el tiempo: la providencia divina hecha historia (no la imaginaria utopía falazmente invocada por las ideologías del materialismo gnóstico); la esperanza que ya es real —en la a veces lenta emergencia de su plenitud— en nuestro presente ahora.

Post scriptum

DON VICENTE Y DON OCTAVIO:
UNA AMISTAD LEAL

Octavio Gil Munilla, Catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea durante muchos años en la Universidad de Sevilla, fue becario primero y luego Colaborador Científico y miembro directivo permanente del alma y del cuerpo de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos también largo tiempo; e igualmente muchos años, desde sus comienzos institucionales hasta la pérdida de su autonomía, fue Vicerrector de la Universidad de Santa María de la Rábida.

Octavio estaba redactando una larga relación histórica de la Universidad de La Rábida; pero su muerte no le dio tiempo de tierra para terminar de llenar sus folios. Sólo escribió, y acuciado por las apremiantes urgencias que pone en todo Fernando Fernández, el breve testimonio que se publica en la presente obra.

A mí me hubiera gustado que Octavio hubiera revisado las páginas de la *Semblanza de don Vicente* cuya introducción y primer capítulo se publica a modo de Epílogo en este libro. Y me hubiera gustado especialmente escuchar sus críticas y sus sugerencias sobre ella. Pero Octavio falleció inesperadamente. Sólo alcancé a intercambiar con él impresiones sobre la *Semblanza* que yo estaba escribiendo por aquellos días aún tan cercanos.

Además de gustarme, deseaba y me interesaba su revisión porque Octavio era la cara «crítica» de Vicente. Lo fue durante los largos años de su amistad. Pienso, aún en más, que Octavio Gil Munilla debiera haber escrito la *Semblanza* que redactó al vuelo de mi pluma. La semblanza escrita por él hubiera resultado en verdad sugestiva. Y, por tan diferente como habría sido, me atrevo a sospechar que, paradójicamente, idéntica o muy parecida a la mía.

Cuando murió Octavio, estaba yo redactando uno de los apartados de la *Semblanza de don Vicente*, el que se refiere a este como creador de amistad y de lealtad libre. Pensé que la relación cordial, entrañable, de amistad y de colaboración entre Vicente y Octavio era quizá la mejor referencia ejempli-

ficadora del aspecto que exponía. Recojo aquí, dentro de esta evocación del don Octavio profesor y maestro y figura esencial en la historia de la Universidad de La Rábida, parte de lo que escribo en dicho apartado.

He escrito párrafos arriba que don Octavio era la cara «crítica» de don Vicente. No exagero al decir que no he conocido dos personas más vinculadas por la mutua lealtad y el mutuo cariño y que fueran a la vez tan complementarias entre sí justamente por ser dos temples humanos de contrapuesto signo.

Este enigma puede descifrarse fácilmente. Vicente no era un hombre «optimista» en el falaz sentido blandengue de la palabra, sino que siempre veía el lado «ocupante» de las cosas, las situaciones y los proyectos y realizaciones en marcha. Octavio no era un hombre «pesimista», de nuevo tampoco en el sentido peyorativo que tiene esta palabra en las personas tristes; pero siempre veía el lado «preocupante» de las cosas, de las situaciones y proyectos y de las realizaciones en marcha.

Y esto fue así desde los años jóvenes de Octavio, cuando llegó a Sevilla, con su íntegra e incorruptible sangre noble navarra, como becario de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, alumno de la Sección de Historia de la Universidad de Sevilla y, en seguida, discípulo de su catedrático y maestro don Vicente.

De alumno a discípulo hay un paso, importante; de discípulo a amigo no hay ningún paso, pues maestro y discípulo lo son en la amistad del trabajo, de los proyectos e, imparablemente, de la vida. Ya luego, la intimidad, a la vez conviviente y cooperante, de esta amistad de discípulo-maestro puede surgir o no surgir. Entre don Vicente y Octavio la amistad íntima y cooperante surgió de manera que ni el tiempo ni las continuas discrepancias (siempre de «método») sobre cómo hacer frente a las circunstancias vitales pudieran romperla, sino que, por el contrario, la fortalecían.

Cuando Octavio se casó, su mujer María Teresa ya sabía que en su familia contaba con un miembro permanente que era Vicente. Pero la presencia de amistad de este, pese a su corpachón físico, no ocupaba lugar; Vicente creaba transparencias entre los amigos comunes que le rodeaban.

Vicente y Octavio fueron amigos desde que se conocieron hasta su muerte, primero la de Vicente y luego —¡hace tan poco!— la de Octavio, que fue también, como la de Vicente, repentina, en el silencio y a solas con Dios. Y siguen siendo amigos ahora —y supongo, quizás equivocadamente, que ya sin discusiones— en el cielo del corazón de Dios.

Desde su llegada a Sevilla y cuando Octavio accedió, por el natural acrecentamiento de sus años jóvenes y por su creciente madurez de ciencia, capacidad y experiencia, a ejercer responsabilidades operativas, él y Vicente fueron permanentemente amigos en la mutua lealtad, en la mutua comprensión y estimulación, y en la mutua contraposición de caracteres.

En la Escuela de Estudios Hispanoamericanos le tocó siempre a Octavio sostener, mediante algo de organización, la desorganizada actividad creadora e impulsiva de don Vicente. En la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida el destino del Vicerrector don Octavio, garbosa y eficazmente cumplido durante muchos años, fue el de hacer que resultaran «prudentes» todas las continuas actividades «imprudentes» del Rector don Vicente.

He entrecomillado esas palabras por el peculiar sentido vital con que ambos las ejercían en aquellas circunstancias. Vicente era de por sí «imprudente», casi siempre en el mejor de los sentidos: lo que había que hacer se hacía y el modo de hacerlo era siempre el de la audacia (esa bella modalidad operativa de la prudencia), sin miramientos ni preocupaciones por los efectos o consecuencias menores y secundarias. Y, naturalmente, como le sucede hasta al más perfecto de los hombres, a veces se pasaba. Octavio era «prudente», y sopesaba y trataba de templar las «imprudencias» del Rector Vicente, cosa casi siempre inconseguida. También naturalmente, como le sucede hasta al más perfecto de los hombres prudentes, Octavio se pasaba y resultaba «preocupón».

La discusión entre las dos lealtades amigas, la de Vicente y la de Octavio, era permanente. Algunas, muy escasas, veces Octavio alcanzaba a prever alguna inmediata «imprudencia» de Vicente. Pues casi siempre las «preveía» a *posteriori*, una vez realizadas. A Octavio le tocaba entonces el turno de completar o suplir sus efectos: hablar con la gente afectada, reajustar la organización, templar algún ánimo demasiado agitado o por entusiasmo o por enfado, mantener el orden, o lo que fuera necesario.

Esto de mantener el orden le desbordaba a Octavio día tras día y por años. Porque don Vicente, el Rector, era el protagonista del desorden juvenil: el que provocaba las jaranas nocturnas y los alborotos al amanecer entre la muchachada de la Residencia de la Universidad, el que cambiaba horarios al son de los impulsos deportivos o excursionistas de los jóvenes, y así indefinidamente. Pero el Vicerrector don Octavio, parece increíble, lograba que todo funcionase con orden. Además él mismo simpatizaba en

el fondo con aquella alegría desordenada que le descomponía la organizada marcha de todo.

Había que atender a los profesores invitados. Bastantes de ellos éramos ya conocidos y no había que preocuparse demasiado de nosotros. Conocíamos y sintonizábamos con el ambiente, que era a la vez de plena seriedad en cuanto afectaba a las clases, cursos, conferencias, reuniones intelectuales, etc. y de completa espontaneidad joven en cuanto se refería a los continuos requerimientos de consultas personales, tertulias de grupo, reuniones informales sobre temas científicos o vitales, actividades extraacadémicas de variados contenidos, etc.

El Vicerrector don Octavio, ayudado por los jóvenes directivos de la Universidad y con la colaboración ocasional de algunos colegas, proveía a atender a los profesores invitados.

El Rector don Vicente, que los trataba a todos con amistad y atenta consideración, se juzgaba no obstante desligado de «formalidades»; su actuación principal se volcaba en directo sobre el cuerpo más vivo de la Universidad, sobre aquellos para los que la Universidad existía, sobre la juventud.

En cuanto a la organización y mando a don Vicente le bastaba con presidir las reuniones, cuando formalmente las había, del equipo rectoral o de la Junta de Gobierno de la Universidad, y con hacer sus sugerencias, que en muy contadas ocasiones eran mandatos, sobre el espíritu que había de informar todo y sobre las líneas básicas de la programación o de los proyectos de diversas actividades.

En lo que atañía a la dirección y gestión, su estilo, bien conocido por Octavio y demás colaboradores, era que cada uno se hiciera cargo con iniciativa libre del área de su propia responsabilidad.

Ante cada uno de ellos, y especialmente ante Octavio, responsable general como Vicerrector, a don Vicente le bastaba con reírse de las dificultades y problemas que le planteaban y con decirle al Vicerrector don Octavio: «resuélvelas tú». Tal solía ser, matizado a veces con algunas indicaciones más precisas, el estilo de sus respuestas a estas requisitorias.

Cuando Octavio se casó, y previsiblemente iban a hacer lo mismo otros jóvenes ejercientes de cargos directivos —que más bien cargas eran— en la Universidad de La Rábida, hubieron de proveer a que sus familias pudieran vivir allí, al lado de la Universidad, mientras se desarrollaban las actividades universitarias. Se impuso la evidencia de que la duración de estas

actividades —preparación, desarrollo y trabajos consecuentes a su clausura— ocasionaba, en la vida de matrimonio y familiar, demasiado largas ausencias veraniegas. Porque los que desempeñaban cargos de colaboración con Vicente ya sabían que los suyos no eran puestos de voy y vengo, sino de soy y estoy; quiero decir, de presencia vinculante a todas las horas y durante todos los días.

Vicente y Octavio proyectaron construir unos chalés unifamiliares para el Vicerrector y algún otro cargo directivo. Y lo hicieron con los criterios de sobriedad en el gasto y de modestia y brevedad en la construcción que eran característicos de aquella generación de españoles: en cuanto afectaba a la aplicación y uso de los dineros públicos y de los bienes del Estado ejercían una conciencia ética análoga a la que se practica en la administración de los bienes familiares comunes.

Cuando yo vi, junto con Vicente y Octavio, los chalés ya en avanzado estado de construcción, les comenté: «Sois tal para cual. No tenéis ni idea». Vicente vivió y murió célibe, conforme a su juvenil vocación de miembro numerario del Opus Dei, y vivía en su habitación de la Residencia de la Universidad. Octavio era un recién casado, soñador del hogar familiar íntimo y hombre vinculado a todos los ideales de sobriedad y buena administración de aquella joven generación española de personalidades públicas. Mis palabras, que me las tomaron a guasa, las entendieron de verdad más tarde. En breves años la familia de Octavio y de María Teresa ya no cabía, ni físicamente, en uno solo de los chalés tan ilusionada y previsora-mente construidos, y tuvo que absorber dos de ellos.

Con esta anécdota quiero expresar dos cosas: la convergente discrepancia que siempre vivieron en mutua lealtad Vicente y Octavio y el alma juvenil, casi por ello ingenua, que en el fondo los hacía iguales.

En el gobierno, dirección y administración de la Universidad de La Rábida hubo dos personas permanentes, don Octavio y don Vicente. A lo largo de la historia de la Universidad se fueron sucediendo en el equipo directivo otros profesores, jóvenes casi siempre, entre los cuales se repartía la responsabilidad de diversas áreas de actividades y de gobierno. Don Vicente era el espíritu animador del equipo directivo y de cada uno de sus componentes. Pero el peso del orden, la disciplina y el rendimiento le tocaba llevarlo a don Octavio. Como hombre de gran corazón, este basaba su autoridad sobre todo en la amistad. Pero era exigente. Allí todos tenían que rendir al máximo.

En relación con los alumnos de La Rábida, don Octavio acertaba a con-

jugar eficazmente dos aspectos: el de mantenedor de la disciplina y el orden, tan frecuentemente «vulnerados» por el mismo Rector don Vicente, y el de amigo siempre atento a resolverles problemas —también los que le comunicaban de su intimidad personal—, aclararles dudas, estimularles al trabajo.

Octavio fue un tenaz trabajador. Con una vocación docente inaccesible a todos los desánimos, volcó lo mejor de su tiempo y de su esfuerzo al servicio de sus alumnos de la Universidad de Sevilla. Su Departamento funcionaba con un estilo de convivencia y de trabajo análogo al que imprimía en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y la Universidad de La Rábida. Enseñaba a trabajar en equipo, conjuntando los trabajos individuales y colectivos (y las tesis de licenciatura y de doctorado especialmente), de manera que, dentro de su diversidad temática, se mantuvieran en una línea de investigación bien definida y elástica a la par, susceptible de muchas variedades de realización personal.

Por sus profundas y arraigadas convicciones cristianas don Octavio practicó de manera ejemplar la más generosa tolerancia respecto a las ideas e ideologías de sus colaboradores. Su dedicación fue fecunda en la formación de alumnos, colaboradores y discípulos. Y los apoyó animosamente en su promoción a títulos y puestos docentes.

En el trabajo universitario consumió una gran parte de su esfuerzo y de su vida. Se jubiló al cumplir los sesenta y cinco años, obligado, como toda una generación de catedráticos y magistrados, a la jubilación anticipada que impuso una sectaria ley socialista. Los profesores y miembros de su Departamento, formados en su mayoría por él, le propusieron unánimemente para que fuese nombrado Catedrático Emérito y continuase realizando las tareas docentes que, en tal condición, la ley permitía.

Octavio vivía a la vez plenamente entregado a su familia, animada, amable y bullidora como numerosa que era. Y a la formación intelectual, humana y religiosa de sus hijos dedicó, junto con su mujer María Teresa, lo más entrañable de su alma.

Las fuerzas para dar de sí todo el rendimiento posible, las sacaba Octavio de una honda vida espiritual cristiana, bien nutrida de lúcida doctrina y de amplia cultura, y a la vez penetrada de elevada sencillez. Le veía todas las tardes —dijo el Párroco en la homilía pronunciada en la Eucaristía del funeral de Octavio— presente aquí, orando íntimamente y participando en la liturgia de la Misa.

EL ESPÍRITU DE LA RÁBIDA

Varios miles de alumnos y alumnas de la Universidad de La Rábida y de la Universidad de Sevilla guardan el mejor recuerdo de quien tanto se desvivió por ellos. Los que fuimos sus colegas y amigos en los avatares de la vida guardamos también, como un animoso mensaje siempre presente, la memoria de los episodios y trabajos que vivimos juntos.